

En cuanto muriera el viejo, él sería dueño de la fortuna de éste; su cómplice tendría que continuar unida á él, pero si se arrepentía y no quería ya unir su suerte á la suya, medios tenía para arrebatársela aquella fortuna tan codiciada.

Isabel, por su parte, había empezado ya á sentir aversión á su cómplice, y soñaba como una felicidad verse libre de aquel hombre, cuya fortuna, cuyo encumbramiento, cuya osadía la habían ofuscado y hecho faltar á sus deberes de esposa. ¡Cuán cierto es que el crimen no puede engendrar más que odios y desventuras! El cómplice de un delito odia al fin al que le acompañó en la perpetración del crimen, y por esto son tan desgraciadas las pobres mujeres que faltan á sus sagradas obligaciones de esposas y de madres de familia.

Su castigo es odiar y ser odiadas. No puede haber amor donde hay delito.

El amor es todo pureza, bondad, ternura.

Y el adulterio no es amor nunca, aunque quiera tomar ese nombre; es vicio, y vicio repugnante, que acaso la sociedad no lo castiga, pero que tiene tremenda expiación en la conciencia.

¡Quién sabe los terribles tormentos que sufrirá en su conciencia la que no puede mirar frente á frente á su marido, la que tiene que avergonzarse en presencia de su mismo cómplice, que tampoco la puede estimar y considerar como á mujer honrada!...

¡Ah! ¡con qué envidia debe mirar la mujer culpable á la esposa casta, virtuosa, que se presenta en to-

das partes honrada y honrando á su marido, rodeada del respeto de todos y desafiando todas las malicias y todas las murmuraciones, que de ninguna manera le pueden alcanzar!

D. Tomás Meco se empeoraba cada vez más, y el médico aseguró que le quedaban pocas horas de vida.

—Haga V., dijo á la hermana de la Caridad, una buena obra más.

—¿Cuál?

—Incline V. á ese hombre á cumplir con Dios, muriendo confesado y arrepentido.

No le costó gran trabajo á Sor Dorotea convencer al enfermo.

A las primeras palabras que le habló, palabras de esperanza en Dios, pareció como que aquella inteligencia cobraba el vigor perdido, y ante ella se abrian nuevos y consoladores horizontes, desapareciendo el velo tupido del error y la indiferencia que le habia tenido ciego.

D. Tomás Meco no habia hecho nunca profesion de ateo; al contrario, porque así servia á sus planes políticos; pero habia sido indiferente en materias religiosas.

Hay, por desgracia, no pocos ejemplos de hombres de claro entendimiento, que, preocupados por las ambiciones de la vida, entregados por completo á los placeres de la fortuna, halagados por todos, acostumbrados á no tener penas, pasan su vida en la mayor indiferencia de las cosas espirituales, y llegan

á la hora de la muerte con una enorme deuda para con su Criador.

En aquellos supremos instantes que ya no hallan consuelo mirando al mundo, del que nada esperan; Dios toca en su corazón, como para decirles:—Ingrato, ¿por qué te olvidaste de mí?—Y abren los ojos á la purísima luz de la verdad.

Esto le sucedió á D. Tomás, que á la primera insinuación de Sor Dorotea pidió humildemente confesión y perdón, y Dios le concedió este grandísimo consuelo.

Después de terminado este acto cristiano, cayó en una congoja, y cuando volvió el médico, el enfermo tenía ya el penoso estertor de la agonía.

Ramirez le examinó, le interrogó: el enfermo abría con mucho trabajo los apagados ojos; pero no podía pronunciar palabra.

—Sor Dorotea, dijo á la hermana: si es V. prudente, voy á decirle algo que le interesa á V. vivamente. ¿Hará V. lo que yo le diga y nada más?

—Lo prometo.

—Pues bien: bese V. al moribundo, y dígame V....

—¡Oh! por piedad, acabe V.

—Dígame V.... «Dios te bendiga, padre.»

—¡Oh! ¡Mi padre! exclamó Sor Dorotea con un acento indefinible, y se abalanzó al lecho del moribundo.

Besóle con lágrimas de ternura, y repitió las palabras del médico:

—¡Padre, Dios te bendiga!

El enfermo se estremeció, abrió los ojos, miró á la religiosa, hizo esfuerzos para hablar, sacó los brazos, y al sentir en su mano helada la abrasada mano de su hija, logró por misericordia de Dios pronunciar clara y distintamente esta dulce palabra:

—¡Hija!

Y en los brazos de ésta reposó la cabeza, y suspirando dulcemente espiró.

.....

Aún acariciaba las mejillas de la hermana de la Caridad el calor del último suspiro de su padre, cuando apareció Isabel en la puerta de la habitación mortuoria.

—¿Qué es esto? dijo al ver á Sor Dorotea llorando, abrazada al que había sido su esposo.

—Esto es, señora, dijo el médico, que acaba V. de quedar viuda.

—¿Ha muerto?...

—En este momento.

—¿Y esa mujer?...

—Esta mujer llora porque tiene alma buena y generosa.

—Muerto mi esposo, ha concluido la misión de esa señora en esta casa.

—Segun y cómo, señora.

Dijo estas palabras el médico con tan severo acento, que Isabel se estremeció.

—No comprendo... dijo, despues de un momento. Su actitud cuando he llegado á este aposento y ahora mismo, no es la que conviene á una persona de su

respetable carácter y completamente ajena á la familia.

—Permítame V., señora, que le diga que la actitud de V. no es tampoco la que conviene á una esposa que acaba de perder al hombre que le dió su mano y su nombre en los altares.

—¡Caballero! La mision de V. ha concluido tambien.

—No, señora; me falta extender la certificacion que acredite de qué ha muerto su esposo de V.

Isabel estaba desconcertada.

—En efecto, aún falta esa formalidad.

—Muy importante, señora, añadió el médico, acentuando la frase.

—Pero yo quisiera saber por qué esta señora...

—Respete V. su dolor.

—¿Su dolor?...

—Sí, señora; su dolor.

—Cada vez entiendo ménos.

—Es raro, porque abrazadas á un cadáver, sólo pueden estar una esposa tiernísima, una madre amorosa, ó una hija buena. Madre no la tenia su esposo de V.; su esposa es V... Conque esta señora, esta santa, será, sin duda, su hija.

—¡Su hija! repitió Isabel, dando un grito que parecia una blasfemia, allí delante de un cadáver. ¿Mi esposo tenia una hija?... ¡Mentira!

—Señora, respete V. á los muertos.

—¡Una hija!... Y yo no lo sabia...

—No, señora; V. no lo sabia, y ha sido fortuna.

Ahora ya no le extrañará á V. la actitud de una hija unto al cadáver de su padre.

—Yo soy la esposa legítima, soy la dueña de mi casa, llevo el nombre de mi marido, y no puedo consentir que esté aquí una hija ilegítima, una hija natural del que fué mi esposo... Así, pues, que salga de aquí esa mujer, y si tiene algun derecho que alegar, que lo haga en ocasion oportuna.

Sor Dorotea colocó cuidadosamente la cabeza del muerto en la almohada, le cruzó las manos sobre el pecho, y volviéndose con dignidad, dijo, secando sus lágrimas:

—Señora, yo no tenia padre; no sabia quién era mi padre: en el momento de morir este anciano me ha llamado *su hija*. Quien tantos años ha pasado pidiendo á Dios que le hiciera conocer á su padre, ¿qué habia de hacer en el momento de conocerle?... Abrazarle y bendecirle. Yo no le he quitado á V. su amor, yo no he recibido de él más caricia que ese supremo consuelo de oir de sus labios, con el extertor de la muerte, el dulcísimo nombre de *hija*. Perdone V., pues, señora, á una hija infeliz que haya venido á recoger el último suspiro de su padre. Si yo no hubiera estado aquí, nadie lo habria recogido... porque usted, que tenia ese derecho, ha llegado tarde...

Está V. en su casa, es cierto; puede V. despedirme de ella; es cierto tambien: V. es la esposa legítima y honrada, yo la hija miserable y sin nombre, la hija ilegítima, lo confieso; pero en estos momentos olvide V. todo esto, señora, y no vea en mí más que

una hermana de la Caridad que, habiendo cuidado de un enfermo, que Dios ha llamado á sí, quiere velar su cadáver hasta que haya de ser sepultado. Y luego, señora, que yo haya cumplido este deber, V. queda en su casa, V. queda honrada con el nombre del que fué su esposo legítimo, y yo me iré á mi beaterio, sin nombre, sin decir á nadie que he encontrado á mi padre.

Al médico le faltaba poco para llorar.

—Por el eterno descanso de este anciano, de su esposo de V., señora, ruego á V. que me conceda este favor, y eterno será también mi reconocimiento. Deme V. el triste consuelo de ver á mi padre durante veinticuatro horas, ya que en tantos años no le he visto.

Habia tanta humildad, tanta ternura en las palabras de Sor Dorotea, que Isabel se sintió avergonzada y vencida.

Fija en su rostro la mirada límpida y serena de la hermana de la Caridad, la mujer de D. Tomás Meco tuvo que bajar los ojos, y sin pronunciar palabra, fué á salir del aposento.

Sor Dorotea la siguió humildemente y la detuvo.

—Señora, le dijo; no quiero permanecer aquí sin permiso de V. Si V. me lo otorga, si V. me concede el gran consuelo de poder rezar junto al cadáver de este anciano, yo aseguro á V. que nadie sabrá que él era mi padre; nadie verá en mí más que una religiosa que cumple su deber.

Isabel vacilaba.

Levantó los ojos y miró á la hermana, y era tan humilde y resignada la actitud de ésta, que, acaso contra su misma voluntad, se le escapó la frase:

—Cumpla V. su deber, como quiere.

Sor Dorotea se postró ante aquella mala mujer, y le cogió la mano para besársela.

El médico quiso impedirselo, pero no pudo.

—Hermana, la dijo; no es V. la que debe humillarse.

—Yo no me humillo nunca, contestó Sor Dorotea. La religion me manda ser humilde. Quien se humilla es quien comete malas acciones, ó no agradece los beneficios... Esta buena señora me ha hecho el mayor beneficio que yo pudiera desear en el mundo, permitiéndome permanecer al lado de ese cadáver, y yo se lo agradezco y la bendigo.

Isabel no pudo contener dos lágrimas, y salió llena de confusion.

Cuando estuvo en su habitacion, encontró á Antonio de Luna, que la esperaba.

Al verle, sintió un estremecimiento, y...—acaso Dios tocaba en el corazon á aquella mujer...—indicándole la puerta, le dijo:

—Salga V. de aquí: mi marido ha muerto. Salga usted de aquí.

XVIII

Un entierro de pájaro gordo.

Corrió por Madrid la noticia de la muerte del grande hombre político, y todo Madrid se conmovió.

Habia sido aquel un gobernante bastante infeliz, por cierto; pero, muerto el perro, se acabó la rabia.

Los partidos contrarios, que naturalmente se alegraban de que se les hubiera quitado aquel estorbo de en medio, los que le habian hecho más cruda guerra, los que de todas maneras habian procurado desprestigiarle, en cuanto le vieron estirado para siempre, se dieron á elogiarle de tal manera, que toda persona desapasionada y ajena á las cosas políticas tenia que decir, al ver aquellos elogios y al recordar los insultos y censuras de otro tiempo:

—Pues, señor, si lo que dicen ahora del difunto es cierto, estos políticos mentian como bellacos cuan-

do afirmaban, viviendo D. Tomás Meco, que era poco ménos que un pillo de playa, ó mienten ahora si decian la verdad entónces.

De manera que de cualquier modo que la cosa se considerase, no salian muy bien paradas la buena fe y la moralidad de los hombres políticos.

Así es el mundo político. Un personaje que se muere es uno ménos en el oficio, y es natural que se le elogie por el rasgo de desprendimiento notable de dejar un puesto más á disposicion de las ambiciones de los que se dedican á la patriótica tarea de gobernar el país, que á fe no estaria peor gobernado sin ellos.

En una sala toda cubierta de negro, llena de blandones, con guardia, y sobre una cama imperial, está expuesto en una caja de plomo, metida en otra de palo santo, metida esta en otra forrada de terciopelo, el cadáver embalsamado de D. Tomás Meco, que, embalsamado y todo, y con tantas cajas, se pudrirá y será comido de gusanos ni más ni ménos que cualquier otro cadáver, porque contra la ley de Dios no valen composiciones químicas ni embalsamamientos, y lo que de la nada salió, á la nada ha de volver, sin que lo puedan impedir todos los sabios de la tierra.

En aquella sala negra se destacaba sobre una figura negra tambien, una cabeza cubierta con una toca blanca lo mismo que la nieve.

Era Sor Dorotea.

Con la cabeza baja, sin levantar la mirada, y los brazos cruzados debajo del manto, la hermana de la

Caridad estaba allí junto al cadáver de su padre, rezando fervorosamente, y sin reparar en la multitud que acudía á ver al muerto.

Nadie podía sospechar que bajo aquel modesto sayal se ocultaba una hija del grande hombre, tan buena hija, que sin haber debido á su padre un nombre ni una caricia, le habia amado tanto, y tanto le agradecia aquel dulce nombre de *hija!* que fué la última frase que Dios le permitió pronunciar.

Cuando llegó la hora de levantar el atahud para trasladarlo al carro fúnebre, Sor Dorotea se levantó y salió de la casa; en la calle habia un gentío inmenso, coches, tropa, en fin, todo el acompañamiento que va á despedir á un muerto de campanillas. Sor Dorotea esperó.

—¡Anda! no me enterrarán á mí con ese lujo, decia un cesante con el traje muy llevado, y que, debiendo su cesantía á la munificencia del muerto, tenia así como cierta satisfaccion viendo el entierro.

—¿Quién sabe, señor? observaba una verdulera que, con una cesta en cada brazo, no podia moverse y estorbaba á todo el mundo, puede que llegue V. *entoadía á ministro* como el *defunto*, que tampoco habria nacido con sombrero de tres picos y casaca con ringorangos.

—Pero, buena mujer, decia á la vendedora una señora á quien se le habia enganchado la mantilla en la cesta, ¿á dónde va V. con esa cesta?

—Ya ve V., señora, á Palacio, de *vesita...* ¿no lo ha conocido V. en el traje de etiqueta?

—Aquí en estas apreturas no debía V. haberse metido con la cesta.

—Si me hubiera V. enviado recado de que iba usted á venir, me hubiera ido por la Ronda para no estorbarla.

—¡Jesus! ¡cuánto tardan en sacar el cuerpo! decia una viuda que allí estaba con sus tres hijas vestidas de dia de fiesta, y en disposicion de sacar un novio, si habia ocasion.

—¿Cuál de aquellos tres oficiales te gusta más? decia la mediana de las tres hijas á la mayor.

—A mí el de los bigotes largos.

—¡Jesus! si parece un demonio.

—Tiene tres galones. A mí no me parece tan feo.

—Oiga V., decia un alguacil á la vendedora, aquí está V. estorbando con las cestas.

—Pues, señor, ¡dichosas cestas! ¿quiere V. que me las meta en el bolsillo?...

—Debia V. haberse ido por otra calle.

—Mire V., señor *arguacil*, si todos hiciéramos lo que debíamos...

La de las cestas queria moverse, pero el público hacia gran resistencia, y la mujer exclamaba:

—Pues, señor, si me estoy quieta estorbo, y si me quiero marchar tambien. Si hubiera en el suelo trampas como hay en el *treato*, era el único modo de que yo me fuera sin incomodar á nadie. ¡Vaya! no hay más que tener paciencia, y cuando se vaya el muerto y pase la tropa, me iré con las cestas. Oye tú, angelito, ¿qué estás haciendo?

Dirigíase la vendedora á un niño que se estaba entreteniendo en coger los tomates de una de las cestas y apretarlos para ver salir el zumo, con lo que se ponía los deditos que daba gusto; pero el chico se los limpiaba luego en los faldones de las levitas ó en los pañuelos y abrigos que tenia más próximos.

La vendedora no se pudo contener, y pegó á la criatura un gran pellizco: el muchacho puso el grito en el cielo, y su madre, que le tenia de la mano, una honrada botonera que habia tenido obrador en los portales de Santa Cruz, y ya no lo tenia desde que tomó estado, exclamó dirigiéndose á la vendedora:

—Diga V., señora... hortelana, ¿quién le ha dado á V. *sastifacion* y *fecultades* para pegar á este chico?... Este chico es mio, aunque me esté mal el decirlo, y mejorando lo presente, y yo le puedo ahogar, aunque sea; pero V. manda en él como yo en la *cratedal* de Toledo.

—Mire V., señora, y V. dispense la *preposicion*, replicó la vendedora; pero me parece que no habré *ma-tao* al chico.

—Entónces ya la hubiera yo *ahogao* á V. entre estas manitas.

—Ya hubiera sido *argo* ménos... Le he dado un pellizco al niño, porque ya ha visto V. que me está cogiendo y despachurrando los tomates, y poniéndose las manos por lo consiguiente, como se puede acreditar.

Y la buena mujer fué á cogerle al chico las ma-

nos, que las escondia detras, para mostrárselas al ilustrado concurso.

—No me toque V. al pelo del chico.

—No, señora, al pelo no, á las manos, para que vean Vds. cómo se las ha puesto de tomate.

El chico se desgañitaba, llorando como un desesperado, y la reyerta entre la madre y la vendedora empezaba á tomar cierto carácter de batalla campal; pero un movimiento de la escolta de caballería introdujo el desórden en la enorme masa de público, y la vendedora, con sus cestas, se encontró llevada en volandas, á gran distancia de la botonera, que á su vez se vió separada tambien del tierno vástago que habia dado ocasion á aquella escena tan poco culta y poco apropiada á la circunstancia.

Los tambores batieron marcha, y apareció en el portal de la casa la clerecía con estandartes, mangas, bajones y bajoncillos, y detras el atahud conducido por ocho grandes lacayos, que lo colocaron en el carro fúnebre, y se puso en marcha la comitiva.

El fúnebre cortejo, con tanto clero, con tanta tropa, con tantos uniformes relucientes y tantos coches, recorrió lentamente las calles de la villa, cuajadas de gente curiosa, y más dispuesta á decir un chiste á propósito del difunto, que á rezarle un Padrenuestro.

Y no parecia aquel entierro la procesion de Villamanrique, donde detras del último no iba ninguno, porque detras del último cabo de la escolta de infantería iba una mujer.

—Sor Dorotea!

ab Cuando el muerto y su acompañamiento llegaron cerca del cementerio, Sor Dorotea se adelantó, y aunque habia orden de no dejar entrar más que á la gente del entierro, los dos centinelas no se atrevieron á detener á la hermana de la Caridad.

Los soldados tienen gran respeto á estas buenas mujeres, que son las enviadas de la Providencia en las inicuas y fratricidas guerras á que da lugar la ambicion de los hombres.

Hubo en el cementerio solemne responso, y ántes de proceder á colocar el atahud en el panteon, varios personajes políticos tomaron la palabra, y dijeron primores del mismo, causando gran sensacion el discurso del conde de Tres Puentes, que era gran enemigo del difunto, y le habia hecho la oposicion más inicua, y en aquella ocasion vino á cantar las virtudes de D. Tomás, mereciendo por este rasgo las mayores muestras de entusiasmo de todos los circunstantes.

ab Una hora despues, el muerto estaba ya en su panteon, el nicho tabicado convenientemente, y el cementerio en silencio.

ab Sor Dorotea, cuando el albañil hubo concluido de tabicar el nicho, se acercó al enterramiento, se arrodilló piadosamente, y besó aquellos ladrillos, puestos para siempre entre el atahud de D. Tomás Mecó y el mundo.

ab Cuando salia se santiguó al pasar por delante de ella dos hombres conduciendo otro cadáver en unas angarillas, que lo iban á echar en el hoyo grande.

¿Qué diferencia habia entre aquel cadáver y el de D. Tomás Meco? Ninguna. Por más diferencias que el mundo quiera establecer entre los muertos grandes y poderosos y los muertos miserables, los muertos siempre son iguales.

Dios es sabio y misericordioso.

XIX

Un ángel y un demonio.

Don Antonio de Luna conocia que se le iba á escapar su presa: comprendió que Isabel, muerto su marido, queria sacudir el vergonzoso yugo que la unia á él, porque habia conocido, aunque tarde, toda la maldad de aquel hombre que llegó á ponerle en las manos un dia un veneno para que se lo hiciera beber al anciano y confiado esposo. Isabel sufría horriblemente.

Hacia seis dias que habia sido enterrado el excellentísimo Sr. D. Tomás Meco. Isabel, llena de confusiones, estaba pensando en aquella hermana de la Caridad, en aquella humilde hija del que habia sido su marido.

—¿Qué es esto que pasa por mí?... se preguntaba. La primera impresion que hizo en mí esa mujer, fué de antipatía... Me sentia como humillada por ella, como envidiosa... ¡Oh! y es razon que la envidie. Ella, con ser tan desgraciada, es más feliz que yo, mucho más... Ella sabe quién ha sido su padre, no tiene nada de qué avergonzarse, no tiene ningun crimen sobre su conciencia... ¡Ah! quisiera volver á ver á esa mujer, pero ¿cómo?...

En aquel momento su rostro se cubrió de rubor, sus ojos se animaron con siniestro brillo; Isabel se puso en pié.

En un espejo que tenia enfrente habia aparecido una figura muy repugnante ya para Isabel, la figura de D. Antonio de Luna.

—¿Te sorprende mi venida? dijo éste.

—No la esperaba.

—Sí, ya sé que habias dado tus órdenes para evitar que llegara yo hasta aquí, pero habiendo criados y dinero, no hay puertas cerradas. Tenemos que hablar, Isabel.

—He dicho á V. que quiero olvidar lo pasado y hacer otra vida.

—Esos son muy buenos propósitos, pero no siempre se puede hacer lo que se quiere. Yo vengo á pedirte el cumplimiento de los que teníamos hechos. Tú me has prometido casarte conmigo.

—Imposible.

—Estamos unidos por el terrible lazo de un crimen.

—¡Oh! ¿y quiere V. que yo sea esposa de quien quiso hacerme matadora de mi marido?...

—Tienes que partir conmigo la herencia de ese hombre.

—Esa herencia no es mia. Mi marido tiene más legítimo heredero que yo.

—Isabel, ¿qué es esto?...

—Nada más debo decir; tranquila espero que vengan á pedirme cuentas de la herencia de mi esposo.

—Todo te pertenece á tí, y yo te traigo la prueba. Aquí está el testamento de tu esposo.

—¡Un testamento!

—Sí, mírale; un testamento que tiene la fecha del día de tu casamiento con D. Tomás. No sé por qué te extrañas de lo que habíamos convenido.

—Pero ese testamento...

—Ese testamento tiene la firma exacta de tu marido... está registrado y archivado en la escribanía correspondiente, y nadie podría dudar de su autenticidad. Por él tu esposo te hace dueña de su inmensa fortuna, de sus propiedades en Madrid y en el extranjero.

—Ese testamento es falso. Mi marido, que temia mucho á la muerte, no hablaba jamás de testamento.

—Isabel, no sé á qué plan obedece la mudanza que se ha operado en tí hace días, pero te advierto que yo no cedo, que tienes que escoger entre la felicidad ó la perdicion para los dos.

—Es V. un miserable.

—Allá nos vamos, contestó con repugnante cinismo D. Antonio.

—Señora, dijo desde la puerta una doncella.

—¿Qué quieres?

—Una señora desea ver á V. E.

—¿Quién es?

—Es la hermana de la Caridad que cuidó al señor en su última enfermedad.

—¡Ah! Dios la envia, exclamó Isabel: y en el acento con que dijo estas palabras podia comprenderse que Dios habia tocado en el corazon de aquella mujer.

—Que me haga el favor de esperar un momento en mi tocador, dijo á la criada.

—¿Tienes ya amistad con beatas? preguntó don Antonio de Luna irónicamente á Isabel.

—Sí, contestó esta; y ¡ojalá no hubiese tenido nunca otras amistades!

—No me opongo: pero acabemos. Toma el testamento de tu marido.

—Yo no recibo ese documento.

—Como quieras. A las cinco de esta tarde volveré á saber tu resolucion definitiva. De tí depende que ambos vivamos felices ó que ambos nos perdamos para siempre.

Y guardando el testamento, salió.

Isabel fué á su tocador. Allí estaba, en pié, Sor Dorotea, que traia un papel en la mano, en la actitud humilde y resignada de siempre. Cuando Isabel entró, la miró con ternura, y le dijo:

—Señora, la bondad de V. me dispensará si soy importuna.

—No, por cierto; al contrario, la visita de V. me hace bien, dijo Isabel, cogiendo la mano de Sor Dorotea y queriendo llevarla á sus labios.

—¡Oh! yo soy quien debe besar la de V.... murmuró Sor Dorotea, y ántes de que Isabel pudiera retirarla se la besó.

—Vengo, dijo Sor Dorotea, á cumplir un deber de conciencia. En estos dias, señora, he sabido la historia de mi origen. Yo soy hija del que fué esposo de usted, hija de una gravísima falta suya, de un crimen, y puedo darle este nombre sin ofender la memoria de mi padre, porque este es el nombre que él mismo da á su falta. Mi padre abusó del candor de una jóven, y yo fuí el fruto de aquella grave falta. Todo pasó en el más profundo misterio, y yo fuí llevada á un convento, donde me criaron sin saberse allí quiénes eran mis padres. Salí del convento porque no me sentí con valor bastante para pronunciar eternos votos, sobre todo, porque yo queria estar en condiciones más favorables para encontrar un dia á mis padres. Encerrada en aquella santa casa, es seguro que no hubiera sabido jamás quiénes eran los autores de mi existencia. Ahora veo que aquella resolución fué voluntad de Dios, ahora que he sabido quién fué mi padre. ¡Bendito sea Dios!

—¿Y cómo ha sabido V.?...

—Hace poco tiempo murió en una mezquina vivienda de la calle del Tribulete una viejecita; en su

cama, debajo de su escueto jergon, habia unos papeles, entre los cuales se ha encontrado la prueba de mi origen.

—¡Es singular! ¿Y quién era esa viejecita?...

—Por una serie de rarísimas circunstancias, los papeles habian venido á su poder: la casualidad, no la casualidad, la Providencia, hizo que yo fuese á cuidar de aquella anciana en sus últimos momentos, y ella, inspirada por Dios en la hora suprema de la muerte, confió aquellos papeles al médico que la asistia, el mismo que ha asistido á su esposo de V.

—¡Ramirez!

—Sí, señora, el hombre más honrado del mundo. Ayer me ha dado conocimiento de todo aquello que podia comunicarme, y me ha entregado esto.

Y presentó un pliego á Isabel.

—¿Qué es esto?

—El testamento de mi padre.

—¡Ah! exclamó Isabel con un acento indefinible.

—He venido á dar á V. conocimiento de este documento que expresa la voluntad de mi padre. Si quiere V. escuchar su lectura...

—Escucho, hermana mia, dijo Isabel.

—Gracias por ese nombre, dijo Sor Dorotea, y miró con amorosa ternura á Isabel.

«En el nombre de Dios, empezó Sor Dorotea, leyendo el testamento, declaro que esta es mi voluntad, para que se cumpla cuando Dios se sirva disponer de mí.

»Hace años cometí una mala accion, un crimen,

abusando torpemente de una mujer buena, sencilla y confiada, y de este crimen nefando mio ha nacido una niña, que fué criada en el convento de... y aún debe existir en él. Un juramento me obliga á no descubrir este misterio durante mi vida, pero quiero que despues de mi muerte, si aún vive mi hija en el convento ó fuera de él, sepa quién fué su padre y le perdone, y reciba la posible compensacion de lo que habrá sufrido, sabiendo ser hija de desconocidos padres.

»Si fallezco soltero, quiero y mando que todos mis bienes sean de esa pobre niña, y si es religiosa profesas, quiero que sean del convento á cuya comunidad pertenezca mi hija.

»Si yo estuviera casado al ocurrir mi fallecimiento, y tuviese otros hijos, quiero que mis bienes se dividan en tres partes, una para mis hijos legítimos, otra para mi esposa y otra para mi hija natural.

»Si fallezco siendo casado, pero sin sucesion, pido y encargo á la que fuere mi esposa que adopte por hija suya á la mia, quien, dueña absoluta de mis bienes, cuidará de que viva con decoro y holgura la que le doy por madre, á falta de la suya, cuyo nombre no puedo decir, porque á este silencio me obliga un juramento, y sólo ella, la que fué víctima de mi liviandad, puede descubrir ese secreto.»

—¡Oh, Dios mio! exclamó Sor Dorotea, interrumpiendo la lectura, ¿no me concederás que yo sepa quién es mi madre? Este es, señora, el testamento de mi padre.

El queria que V. fuese mi madre; pero hay cosas

que no se pueden mandar ó que no se pueden obedecer. Yo dispuesta estoy á cumplir el precepto de mi padre, y á ser hija de V. sumisa. Mi padre me hace dueña de sus bienes, y yo, como dueña que soy de ellos, todos se los dejo á V., nada quiero para mí.

Isabel sentia una emocion indefinible.

—Señora, continuó Sor Dorotea, he sido muy desgraciada, pero ya lo soy ménos, y aún espero que Dios ha de hacerme completamente feliz, haciéndome conocer á mi madre.

Un torrente de lágrimas saltó á los ojos de Isabel. Dios la habia redimido, Dios la habia perdonado. Isabel se arrojó en brazos de Sor Dorotea, y pasó bastante espacio sin que los sollozos le permitiesen hablar.

—¡Ah! exclamó al fin, hija mia, hermana mia, permíteme que te hable así, como se habla á una hija, como se habla á una hermana... Tú eres más feliz que yo: tú eres buena y yo no; tú has sabido quién es tu padre, yo no sé aún quién fué el mio; tú fuiste llevada á un convento, yo fui arrojada á la calle como un perro.

—¡Qué horror!...

—Sí, hija mia, sí; yo, envidiada de todo el mundo; yo, cuyo lujo ofusca á todas las mujeres; yo, tan altiva, tan orgullosa; yo, que te miraba con desden, que te veia con enojo, soy la mujer más desdichada y miserable del mundo.

—¡Hermana mia!

—Si tu historia es triste, más triste es la mia... Tú estás libre de toda culpa, yo estoy abrumada

bajo el peso de tantas. ¡Oh! tú, sobre quien Dios ha derramado su gracia; tú, que vistes esos sagrados hábitos; tú, pura y buena como un ángel, perdóname en nombre de Dios.

Isabel se arrodilló delante de la hermana de la Caridad.

—Hermana mia, yo soy tan débil, tan mala, acaso más mala que tú.

—¡Oh! perdóname. Una palabra tuya de perdon confortará mi espíritu, y me dará fuerzas para confesarte mis culpas. Yo, hermana mia, tuve una madre adoptiva, buena y cariñosa, y la abandoné; yo tuve un compañero de mi infancia que me amaba sobre todas las cosas de este mundo, y causé su muerte.

Sor Dorotea se estremeció.

—Yo, continuó Isabel, engañé miserablemente á tu padre, y sin amarle, quise casarme con él por vanidad, por orgullo, por codicia. Yo, en fin, falté á mis deberes de esposa y de mujer honrada, é hice mi cómplice á un miserable, á un infame; yo, en fin, hija mia, he querido envenenar á tu padre.

Sor Dorotea no pudo contener una exclamacion de horror.

—¿Ves, hija mia, ves, continuó Isabel, cómo mis culpas son indignas de toda misericordia?... ¿Ves cómo Dios no me puede perdonar?

—¡Oh! sí; Dios te perdona y yo te llamo mi hermana.

Y otro estrechísimo abrazo unió á las dos mujeres.

—¡Ah! exclamó, ahora es cuando sé lo que es ser

feliz, ahora que siento más aliviada mi conciencia, ahora que pienso en Dios y conozco que una vida de arrepentimiento y oracion me podrá llevar al lado de Dios, redimidas todas mis culpas. ¡Oh! nunca nos separaremos: ¿verdad, hermana mia?

—Nunca.

—Pero... ¡ay! ese hombre.

—¿De qué hombre hablas, hermana?

—De mi cómplice... Va á venir.

—¿A qué?

—Ha imaginado otra infamia.

—¿Cuál?

—Tiene un testamento falso de tu padre.

—No le temas, hermana; tengo yo un aliado poderoso que le arrancará ese testamento y le obligará al silencio.

—Don Antonio de Luna, anunció un criado presentándose en la puerta.

—Que entre, dijo Sor Dorotea, y si viene el doctor Ramirez no le detenga V. ¿Quieres que entre, si viene, hermana?

—Dispon lo que quieras. A tí me entrego enteramente.

Antonio de Luna entró y se detuvo muy contrariado al ver allí á Sor Dorotea.

—Si está V. ocupada, me retiro, dijo á Isabel.

—No, señor, se apresuró á decir Sor Dorotea; yo puedo oir todo cuanto V. diga á mi madre.

—¿Madre?... repitió con una diabólica sonrisa el siniestro personaje.

—O mi hermana, como V. quiera.

Isabel, alentada por la serenidad de Sor Dorotea, exclamó:

—Sí; mi hermana que todo lo sabe, que Dios me la ha enviado para redimirme y salvarme. Salga V. de aquí, salga de esta casa, donde nunca debió entrar.

—Isabel, ya sabe V. mi resolucion.

—Nada me importa lo que V. haya resuelto. Me causa V. horror. Es V. un miserable.

—No, exclamó Sor Dorotea con sublime actitud é inspirado acento; el señor es un hombre olvidado de Dios; cuando vuelva á él los ojos será un hombre bueno,

—Isabel, estoy perdido, exclamó Antonio; el pueblo ha sabido no sé qué delitos que mis enemigos políticos me atribuyen sin fundamento, el gobierno acaso á estas horas ha decretado mi prision... Huyamos, Isabel; nuestra suerte está unida...

—No, dijo Isabel con varonil acento, V. es un infame. Antes la muerte que seguir unida á V.

Antonio rugia de cólera; en aquel momento tenía en su cerebro un infierno de codicia, de despecho, de soberbia... Amaba á Isabel entónces, pero con un amor infernal, y permítaseme llamar en esta ocasion infernal el amor de Antonio, que no era amor sino horrible pasion de esas que tan sólo puede inspirar el mismo Satanás... Estaba loco...—Isabel, gritó, si prefieres la muerte, la tendrás... te mataré y me mataré yo...

Sor Dorotea, que seguia sus movimientos, cubrió

con su cuerpo el de Isabel, al mismo tiempo que Antonio sacaba una pistola.

La hermana de la Caridad apartó su manto, y mostrando á Antonio la cruz que llevaba sobre el pecho le dijo:

—Tire V.

Antonio, ciego de cólera, poseido del demonio, disparó la pistola.

Y al mismo tiempo que sonó el tiro, cayó el infame en el suelo con la cabeza bañada en sangre.

Isabel dió un grito. Sor Dorotea no se habia movido. La bala de la pistola le habia pasado por debajo del brazo, agujereándole el manto, y rozando los cabellos de Isabel, que estaba detras de ella.

Pero, ¿cómo habia caido bañado en sangre el asesino?... Muy sencillamente. El médico Ramirez habia entrado en la habitacion en el momento en que Antonio hacia fuego sobre Sor Dorotea, y con el baston de puño de hierro que llevaba habia abierto la cabeza al infame, que perdió el conocimiento.

—Loado sea Dios, exclamó el médico.

—Loado sea, repitió Sor Dorotea, que me ha salvado.

—Huyamos de aquí, hermana mia, dijo Isabel, no repuesta todavía. La vista de ese hombre me causa horror.

—A este hombre, añadió el médico, si no se muere, le espera un presidio. Llamemos para que lo quiten de aquí y lo entreguen á la autoridad.

—No, dijo Sor Dorotea; yo, en nombre de Dios, re-

clamo á este hombre, que es un desgraciado hermano nuestro, un hermano vencido, que sufre y necesita cuidado.

—Señora, por María Santísima, dijo el médico... aunque le abandonemos como á un perro, no haremos nada malo.

—¡Qué horror! nunca me lo perdonaria. Usted me va á ayudar á llevarle á un lecho, y á curarle.

—Señora, confieso que... V. me humilla y me confunde...

Y el médico se arrodilló y examinó la herida de Antonio. Sor Dorotea esperaba impaciente. Isabel no sabia lo que le pasaba.

—Poco ha faltado para dejarle en el sitio, dijo el médico, y mucho temo...

Sor Dorotea le dió su propio pañuelo para atajar la sangre, y entre ella y el médico fué Antonio de Luna llevado al lecho.

—¡Es una santa! murmuró Isabel.

Los criados de la casa, al oír la detonacion, habian corrido á la habitacion de su señora.

Sor Dorotea les dijo:

—Nada, no es nada; á este caballero se le ha disparado casualmente una pistola, y creyendo haber causado una desgracia, ha caido lleno de emocion y se ha herido. Se le va á curar, y no hay que hablar del asunto.

La explicacion satisfizo por el momento á los criados, aunque no era muy admisible.

—Hermana, dijo Sor Dorotea á Isabel, yo te pro-

meto convertir á este hombre, si Dios quiere conservar le la vida y la razon... Si podemos hacerle bueno, si podemos vencer su soberbia, ¿no vale más que abandonarle y perderle?... Dios nos manda que seamos buenos con el bueno y con el malo; con el bueno para que nos ame; con el malo para que se arrepienta, viendo que es mejor ser bueno que ser malo. En todo se ve la mano de la Providencia. Ella ha sido la que ha traído aquí á ese hombre, acaso á merecer el perdón de todas sus faltas.

Antonio no volvió en sí en toda la noche, y no se separó de su lado la hermana de la Caridad, olvidada ya, en presencia de un hermano que sufría, de que era inmensamente rica, y hasta de aquel amor que ocultaba en el fondo de su corazón. Ya no la preocupaba otra cosa que el estado del herido, á quien cuidaba con tanta solicitud como hubiese cuidado á su propio hermano.

Dos dias estuvo Antonio sin conocimiento, entre la vida y la muerte.

El médico, el que le habia causado aquella tremenda herida con el puño de hierro del baston, hizo prodigios para salvarle.

El tercer dia lo pasó sumido en pesado sueño, y Sor Doretea se alarmó.

—Si no se muere hoy, si no le sobreviene un derrame cerebral, dijo el médico, ya no se muere, y le habremos quitado al demonio una de sus más brillantes adquisiciones, si es que V. le convierte, hermana.

—Tanto espero de la misericordia divina.

—No seré yo quien niegue su infinito poder; pero mire V. que este hombre es muy malo.

—El bueno no necesita convertirse.

—Que es ateo.

—A quien no conoce á Dios, Dios le ofrece medios de conocerle.

Por fin el herido abrió los ojos y estuvo tranquilo.

Cuando Sor Dorotea le preguntó si sufría, contestó tranquilamente que no; miró en derredor con extrañeza, y se incorporó en el lecho, pero volvió á caer desvanecido.

—¿Qué ha sido esto? dijo despues de un momento.

—Tranquilícese V., le dijo la hermana.

—¿Quién me habla?

—Una enfermera.

—¿Yo estoy enfermo?

—Está V. herido, pero sin peligro.

—¡Herido!... ¡Oh!... ¿Qué me pasa?... ¿Quién es V.?... ¡Una monja!...

—Una hermana de la Caridad.

—¡La caridad!... ¡Ah!... ¡V. es aquella mujer!... añadió mirando fijamente á Sor Dorotea... aquella mujer...

—Soy su hermana de V.

—¡Mentira!... Yo no tengo hermana ninguna... Pero... ¡ah! ya, ya recuerdo... ¡Isabel!... ¿Dónde está Isabel?... ¿Ha muerto?...

Sor Dorotea calló un momento, y luego dijo:

—Sí. ¡Isabel ha muerto!

Antonio quedó suspenso, con los ojos fijos, como si quisiera recordar algo.

—¡Ah! sí, sí, exclamó; yo la maté, yo. Era preciso.

Y comenzó á delirar otra vez.

Dejémosle con la buena compañía de la hermana de la Caridad, y sigamos desatando los diversos nudos que han formado la tosca urdimbre de esta novela.

XX

Otro difunto.

—Pues, señor, dirá el lector, ya *le veo de venir*, como dicen en Lavapiés, al autor de este novelon tremendo; ahora va á matar á todos los personajes, y así se acaba la novela por fuerza.

En efecto, le toca morir al Excmo Sr. Conde de Tres Puentes. No tenia en verdad maldita la gana de morirse, ni pensaba siquiera en ello; ántes por el contrario, nunca habia estado tan satisfecho como desde la muerte de su temible rival el Sr. Meco, suponiendo acertadamente que, muerto este, tenia uno ménos que le estorbaba para llegar al poder.

El conde de Tres Puentes comia mucho, tenia esta debilidad, y bebia en proporcion; se habia puesto muy gordo, y él no lo notaba, porque á haberlo notado, hubiese tenido alguna más prevision. Asistió á una comida en cierta embajada, y tan bien servida estuvo, que el conde se despachó á su gusto. Cuando volvió á su casa, el conde traia un gran peso en la cabeza y otro no más leve en el estómago, pero no hizo caso, y se puso á leer los periódicos. Entró luego el criado á presentarle en bandeja de plata una esquila de invitacion para otro convite, y le halló inmóvil, con los ojos abiertos y con todas las señales de un ciudadano que se iba por la posta, sin moverse del sillón.

El pobre conde de Tres Puentes tenia lo que le hacia falta; es decir, no le hacia falta verdaderamente, pero sí le hacia falta para morir; tenia una apoplejía más fulminante que un barril de pólvora fina.

El criado le llamó, le movió, y el bueno del conde le miró con unos ojos que parecia se le iban á saltar de las órbitas, y la única contestacion que le dió fué una especie de rugido. Llamó el criado á los demas, y poco despues apareció en la puerta de la habitacion del conde de Tres Puentes la bella y severa figura de la condesa, á quien vimos un momento en la primera parte de esta novela, pero poco ó nada dijimos de ella. El apoplético fijó sus ojos en la condesa; quiso hablar, pero no pudo. La condesa se acercó al sillón de su marido sin que en su rostro se advirtiera la

más leve emocion. Era la suya una fisonomía bella, pero triste, pálida, inmóvil.

—¿Y el médico? dijo.

—Señora, contestó un criado, vendrá al momento; se le ha avisado.

—El conde está muy mal, añadió.

Después se arrodilló delante del enfermo, y fijando en él la mirada, le dijo, señalando con la mano al cielo:

—Dios lo perdona todo.

La mirada del apoplético seguía fija, clavada en el rostro de su mujer.

—Piense V. en Dios, añadió la condesa.

Los criados se miraron al oír que la condesa hablaba con tan poca confianza á su marido. Verdad es que ya podían haber advertido que el conde y la condesa, aunque vivían en la misma casa, hacían vida completamente separada. Llegó el médico.

—El enfermo se muere, dijo, apenas le hubo examinado.

—¿Puede recibir á Su Divina Majestad? preguntó la condesa.

—Sería preciso que Dios quisiera hacer un milagro.

—¿No tiene V. ninguna esperanza?...

—Ninguna. No puede recibir más auxilio espiritual que la Santa Unción.

—Mateo, vaya V. á la parroquia y avise... ¡Ah! después avise V. á los hermanos del señor conde.

La condesa tomó entre las suyas la mano del conde, y éste se estremeció. Luego la llevó á sus labios y la besó. Y en aquel momento, por las encendidas mejillas del apoplético se deslizaron dos lágrimas, que cayeron abrasadoras sobre la mano de la condesa. Y al mismo tiempo surcaban tambien las pálidas mejillas de la condesa otras dos lágrimas. La condesa acercó sus labios al oido del enfermo, y le dijo:

—¡Perdon!

El conde oyó, sin duda, porque se vió que hacia un esfuerzo para mover sus labios.

La condesa comprendió lo que el enfermo anhelaba, y volviendo á inclinarse sobre él, le dijo:

—¡Perdonado!

Llegó el sacerdote, administró la Extremauncion al moribundo, y para que no quedara nada por hacer, el médico dispuso infinidad de remedios, tan ineficaces los unos como los otros, como que todos se dirigian contra lo que no tiene remedio ni encuentra enemigo á quien no venza, contra la muerte.

Larga fué la agonía del conde, pues hasta la aurora del siguiente dia no entregó á Dios el alma pecadora, que siendo alma de hombre político, pecadora habia de ser forzosamente.

En el momento de su muerte hallábanse allí sus hermanos y otras personas de su familia, á quienes habia avisado la esposa del difunto.

Como el conde no tenia hijos, hallábanse en la mejor disposicion para heredarle, y sin duda esta cir-

cunstancia hacia que fuese corta la pena que les habia causado aquella desgracia.

Buscando se hallaban todavía el testamento, cuando se presentó la esposa del conde, vestida de riguroso luto, con mantilla, como quien va á salir, y una cajita en la mano.

—Muerto, dijo, el que fué en el mundo mi marido, ha terminado mi mision en esta casa, y vengo á decir á Vds. que por dueños de ella quedan.

—Señora, esa precipitacion... dijo uno de los hermanos.

—Es natural, caballero; miéntras vivia el conde de Tres Puentes, que era á los ojos del mundo mi marido, mi deber estaba en esta casa; ahora que soy libre, mi deber está en otra parte. Yo no he sabido nunca los negocios de mi marido, ni puedo dar respecto de sus intereses noticia alguna. Todo lo que hay en esta casa era suyo; yo no tenia aquí absolutamente más que las pobres alhajas que llevo en esta caja, y que son todas recuerdos de mis padres.

—Es preciso que se sepa con seguridad cuál era la voluntad de nuestro hermano respecto de V.

—Estoy segura de que respecto de mí no hallarán ustedes nada en las disposiciones testamentarias del conde, si las ha dejado, que lo dudo; y en el caso improbable de que me hubiese hecho su heredera, yo renuncio desde luego á todo.

En vano hiciéronle observaciones los hermanos del difunto. La condesa salió de aquella casa, donde

habia vivido tantos años, y al traspasar el umbral alzó los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Al fin! ¡Ah! ¡perdóname, Dios mio!

¿A dónde iba aquella mujer, que con tal premura huia de la casa de su marido?

Ya la encontraremos pronto, sin necesidad de seguir sus pasos.

Excuso decir á Vds. que el conde fué llevado al cementerio y enterrado, porque este es un accidente que le ocurre á todo aquel que emigra de este mundo, pero no estará de más decir que fué sepultado en el mismo Campo-Santo donde lo habia sido D. Tomás Meco, y en el nicho que estaba precisamente al lado del de su enemigo.

Aquellos hombres, que tan cruda guerra se habian hecho en la vida, venian á estar tan unidos en la muerte, que sólo les separaban unos cuantos ladrillos.

No hay como la muerte para poner de acuerdo á unos hombres con otros.

XXI

Otra gran alegría.

Antonio de Luna, gracias á los cuidados de Sor Dorotea y del médico que le habia abierto la cabeza, se vió fuera de peligro.

No es posible expresar la abnegacion, el cariño, la solicitud con que cuidaba de él la hermana de la Caridad, sufriendo, en los primeros dias que recobró el conocimiento el enfermo, los malos modos de éste con cristiana resignacion.

Y aquí empezó el gran trabajo de Sor Dorotea, que se habia propuesto redimir aquella alma perversa y volverla á Dios.

Hablóle tal lenguaje, de tal manera le pintó los puros afectos del alma, las satisfacciones que da el bien que se hace, las inefables alegrías de quien se consagra al sacrificio y á la abnegacion, que aquel

hombre, que nunca habia oido semejante lenguaje, reflexionó y sintió conmovidas las hasta entónces insensibles fibras de su corazon. Antonio de Luna refirió á Sor Dorotea su historia; nada le ocultó, y vió con asombro que la hermana de la Caridad miró con cariño al hijo del ladron y el asesino, y estrechó su mano y le llamó *¡hermano mio!*

Cuando Antonio de Luna estuvo restablecido, se dispuso á cumplir su deber de alejarse para siempre de Isabel, y otro deber que hacia mucho tiempo tenia contraido con la pobre víctima de su liviandad, que allí habia dejado en la aldea, entregada al desconsuelo y á la vergüenza, y luego habia desconocido villanamente cuando vino á buscarle á Madrid. Isabel, al ver aquella trasformacion, no dudó ya que la Providencia, siempre piadosa, era quien habia dispuesto todos los sucesos, quien habia elegido por digna intérprete de su voluntad soberana á la hermana de la Caridad.

Antonio de Luna era ateo. Desde que huyó de la aldea de su nacimiento, donde el bueno del cura le habia hablado de Dios, no volvió á acordarse de Dios. Sor Dorotea emprendió, como ya he dicho, la buena obra de volver á Dios aquella alma; y era de ver con qué atencion oia el incrédulo las sencillas y tiernas palabras de la hermana de la Caridad. Al principio quiso negar, quiso rebatir los argumentos de Sor Dorotea, pero ésta le salia al encuentro siempre con tales ejemplos, con tales pruebas, con tan profunda conviccion, que al fin tomó el partido de oir y callar...

Todavía aquella alma soberbia se rebelaba á confesarse vencida.

Sor Dorotea le refirió su vida, y cómo teniendo siempre esperanza y confianza en Dios, habia llegado providencialmente á encontrar á su padre.

—¡Oh! añadió, y ahora tengo la esperanza de encontrar á mi madre. Dios no deja nunca empezada su obra. El ha sido quien me puso al lado de mi padre en sus últimos momentos; él tambien me pondrá junto á mi madre.

—¡Tiene V. mucha fé!

—¡Oh! fé completa, inmensa. Y bendigo á Dios que me ha concedido este supremo bien, porque sin la fé, hubiera sido yo la criatura más desdichada del universo, y ¿quién sabe si la más criminal? Si no hubiese tenido fé habria sufrido horriblemente al pensar en mi triste suerte, habria tenido envidia á las mujeres que, más dichosas que yo, han nacido y han crecido al halago del amor paternal, habria acaso abandonado el propósito de consagrarme á la caridad, tal vez habria odiado al mundo y le hubiera acusado de injusto... tal vez, en fin, llegado el caso que me ha hecho conocer á V. y contribuir á salvarle, le habria dejado perecer, acordándome más que de la caridad, de la accion de V. al dirigir contra mi pecho inerme el cañon de su pistola.

Antonio de Luna bajó la cabeza avergonzado.

—Tenga V. fé, añadió Sor Dorotea con angelical sonrisa; que la fé es la verdadera riqueza, la perfecta tranquilidad, el supremo goce del corazon cristiano.

¿Cree V. que yo he conseguido todo lo que deseo para mi felicidad?... Mucho he conseguido, gracias á Dios; pero aún he de conseguir mucho más, si Dios lo quiere; que habiéndome dado tantas pruebas de bondad, hasta ahora, firmemente creo que todavía ha de seguir siendo generoso conmigo.

Y aquí, si el lector ha seguido, que lo dudo, con interes el hilo ó la cuerda de esta novela, supondrá que los deseos de Sor Dorotea no se referian sólo á la anhelada dicha de encontrar á su madre, sino tambien á cierto misterioso amor que he tenido buen cuidado de indicar muy ligeramente en algun capítulo anterior.

—¿Quién diablos es el amor de esa buena mujer? dirá el lector.

Siento no poder decirlo todavía; dispense el lector; pero yo le aseguro que no pasarán muchos años sin que lo sepa, si es que no lo adivina ántes... que todo puede esperarse de la perspicacia del lector, mucho más perspicaz que el autor, la mayor parte de las veces, pues mientras éste piensa que nadie sabe á dónde va á parar, ya el lector lo ha penetrado todo, y lee la novela como quien ve una comedia que conoce de memoria, y sabe cuándo han de salir los actores y por dónde, mejor que ellos mismos, que despues de muchas representaciones de una misma obra, todavía están colgados del traspunte para las salidas.

Pero continúo.

Sor Dorotea logró al fin conmover el corazon empedernido del hijo del sacristan.

—Señora, le dijo, creo en Dios, creo en Dios firmemente, porque sólo Dios puede inspirar á V. las nobles acciones y las santas palabras con que me admira y me sorprende. Yo no sé si puedo ser bueno, pero sé que quisiera serlo.

—Ser bueno es muy fácil; basta cumplir con su deber.

—Yo cumpliré con el mio. Volveré á la aldea.

—Eso es lo primero.

Sor Dorotea obligó al pecador arrepentido á que devolviera á Isabel cuantos papeles tenia suyos, y habiéndole entregado Isabel los que tenia de su antiguo amante, los quemó todos, que no otra suerte merecian aquellas infames pruebas de un amor nefando y criminal. Antonio é Isabel eran ya completamente extraños uno á otro. Pero era preciso que Dios los perdonase por medio de uno de sus sacerdotes; era preciso que se acercasen ambos al sagrado tribunal de la penitencia, á confesar sus culpas y pecados. Sor Dorotea lo propuso. Isabel aceptó desde luego. Antonio luchaba todavía con su diabólica soberbia, que no queria darse por vencida. Pero Sor Dorotea consiguió al fin lo que deseaba.

—Hay en Madrid, dijo á los que llamaba sus hermanos, á Isabel y Antonio, un humilde templo del Señor, una santa casa donde viven en rigurosa clausura unas cuantas mujeres virtuosas, que han tenido fuerza bastante de voluntad para huir del mundo y consagrar todos sus pensamientos á Dios. En ese convento, hermanos míos, me crié yo, en ese conven-

to debiera estar hoy alabando á Dios, si mi ardiente afan de encontrar á los autores de mi existencia no me hubiese inducido á vivir, aunque religiosa, en el mundo, que es donde los podria hallar, donde he hallado ya á mi padre; pero tengo amor y agradecimiento para ese asilo de la virtud, para esa santa casa, donde no tienen cabida las pasiones del mundo y donde corrieron tranquilos los dias plácidos de mi infancia, y donde aprendí, en fin, á amar á Dios sobre todas las cosas de este mundo, y al prójimo como á mí misma; es decir, más que á mí misma. En ese convento, en esa iglesia, á la que me ligan tantos vínculos de amor y gratitud, quiero que los tres purifiquemos nuestras almas de toda culpa, y hagamos propósito firme de la enmienda. Será para mí un dia feliz aquel en que los tres juntos nos acerquemos al altar, despues de hecha nuestra confesion, á recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor en la Hostia consagrada.

—¡Oh! para mí tambien lo será, hermana mia, exclamó Isabel, abrazando á Sor Dorotea. ¡Bendita seas tú, que has venido á ser mi salvacion y mi ventura!

Decidióse seguir en todo el dictámen de la hermana de la Caridad, y cuatro dias despues, ántes de rayar el alba, se vió entrar á una señora, un caballero y una religiosa por el postigo que acababa de abrirse del convento de... al mismo tiempo que la campana sonaba dulcemente, anunciando que en aquella casa saludaban las vírgenes el nuevo dia,

alabando á Dios, miéntras Madrid entero dormía pere-zoso.

La iglesia estaba imponente. Nada turbaba la ma-jestad de aquel sagrado recinto. En el altar mayor brillaban dos luces delante de la imágen de la San-tísima Vírgen, y allá en el fondo del coro se oía el suave y acompasado murmullo que formaban las vo-ces de las religiosas rezando las oraciones de la ma-ñana.

No eran ellas solas las que rezaban. Otra persona habia madrugado más que nuestra hermana de la Caridad y sus dos protegidos. Era una mujer. Allí estaba delante del altar, vestida de riguroso luto y con el rostro perfectamente cubierto con el velo. La actitud fervorosa de aquella mujer hacia comprender que la meditacion ocupaba completamente su pensa-miento. No advirtió siquiera que en la iglesia habia entrado gente. Pasaron algunos momentos. Un sa-cerdote, un venerable anciano, salió de la sacristía, y despues de postrarse y rezar sus oraciones en el altar, se encaminó á un confesonario. La tapada se puso en pié y siguió al sacerdote. Y al mismo tiempo que lle-gaba al confesonario, llegaba tambien Sor Dorotea. Las dos mujeres se miraron. Y ambas dijeron al mis-mo tiempo:

—¡Ah! V. está ántes.

—Usted ántes que yo, dijo la encubierta...

—De ninguna manera, señora.

—¡Oh! sí, me hará V. ese favor... V. es una reli-giosa, y yo la debo respeto...

—Puedo esperar...

—Yo tambien... y así pediré todavía á Dios que me mire con ojos de piedad.

Sor Dorotea no insistió, y se arrodilló á un lado del confesonario, dispuesta á hacer su confesion.

La dama misteriosa volvió á orar delante del altar.

.....

—Vamos á ver, pregunta el lector: ¿qué misterio es el de esa dama misteriosa? ¿A qué ha ido tan temprano á la iglesia? ¿Qué le ha sucedido? ¿Es acaso una tremenda pecadora que necesita mucho la misericordia de Dios? ¿Quién es esa mujer? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?...

—Señor lector, esa dama es una viuda; porque en el capítulo anterior tuve el gusto de matar á su marido, el señor conde de Tres Puentes. Ahora le voy á contar á V. la historia de esta viuda.

XXII

La víctima de un infame.

Sor Dorotea era hija de la condesa de Tres Puentes.

Es, decir, no era hija de la condesa de Tres Puentes, sino de María Carvajal, que así se llamaba la condesa ántes de casarse con el conde de Tres Puentes.

No dejará de sorprender al lector que una señora á quien he presentado como una mujer virtuosa, caritativa y buena en todos conceptos, tenga en su vida una mancha tal como el nacimiento de una hija natural.

Y sin embargo, María Carvajal ha sido un ángel siempre.

Pero los ángeles están mal en el mundo.

Dios los envia á sufrir para que nos den ejemplo

de virtud, y luego los premia en el cielo, teniéndolos por hijos predilectos, é interpretes y ejecutores de su divina voluntad.

María Carvajal era hija de una opulenta familia, que por vicisitudes de los tiempos vino á ménos rapidísimamente. La nobleza de su familia se remontaba á los más remotos tiempos, y esto tenia grandemente enorgullecidos y ufanos á los padres de María, que sufrían con estóica resignacion su mala fortuna, pero habrían vivido en la desesperacion si hubiesen perdido sus títulos y pergaminos que acreditaban la antiquísima y mil veces probada nobleza de su sangre.

En la mala fortuna, los padres de María habían hallado un gran amigo, un eficaz auxiliar en el anciano padre de D. Tomás Meco, el cual había hecho de manera que la familia de Carvajal pudiera ocultar y disimular el mal estado de sus negocios, es decir, de su fortuna, porque en negocios no se ocupaba aquella nobilísima familia, y hubiera creído un gran agravio que se le hubiese atribuido profesion ú ocupacion alguna... Así entendían la nobleza algunas gentes. D. Fernando Carvajal era título diez ó doce veces, señor de no sé cuántas villas, corregidor perpetuo, y otra infinidad de honrosísimas cosas.

Y por no ocuparse en negocios, ni en los propios se ocupaba, que para eso tenía su alta servidumbre para la administracion y demas asuntos arduos, y su baja servidumbre para los demas oficios; y así, cuando quedó el hombre arruinado, sus criados altos y

bajos quedaron todos, como vulgarmente se dice, con el riñon bien cubierto.

D. Tomás Meco tenia, como ya ha comprendido el lector, mucha más edad que María.

Eran el gavilan y la paloma.

María le tenia mucho cariño, como que veia que su familia y la de aquel infame estaban unidas por estrechísima amistad, y á quien hubiera dicho á don Fernando Carvajal que uno de los Mecos era capaz de cometer una villanía, hubiérale sin duda tratado de calumniador el buen anciano.

Y sin embargo, D. Tomás Meco, el hombre de mundo, cometió la mayor de las villanías.

En cierta época, María pasó una temporada en una casa de campo que poseia la familia de Meco, y entónces D. Tomás, aprovechando las ocasiones que tenia, gracias á la grandísima confianza que á su propia familia y á María inspiraba, abusó indignamente de la tierna jóven, como hubiera podido hacer el más desalmado facineroso.

La pobre niña cobró invencible horror á su verdugo, pero no se atrevió á quejarse; la vergüenza propia y las amenazas que le hacia D. Tomás, sellaron sus labios; pero llegó un momento en que ya era imposible ocultar aquella desdicha. Un dia se presentó al anciano padre de D. Tomás Meco, que la queria como á hija propia, y, vertiendo llanto abrasador, delató al infame raptor de su honra. El pobre viejo oyó con horror la triste relacion del crimen de su hijo, y llamó á éste para tener con él una explicacion.

Nadie supo lo que pasó entre los dos, pero debió ser una escena horrible. Una hora despues de haber entrado el hijo en la habitacion del padre, abrióse la puerta, y el hijo salió violentamente empujado por el padre, que, con un estoque en la mano, exclamaba:

—¡Maldito seas, hijo infame!... ¡Maldito el miserable que levanta la mano sobre su padre!

D. Tomás Meco huyó y se ausentó de Madrid y de España, y su pobre padre, herido de muerte por la villanía de aquel hijo ingrato, murió poco despues.

Vean Vds. si con razon he dicho siempre que don Tomás Meco habia sido toda su vida un pájaro de cuenta.

El padre y la madre de María sufrieron el más rudo golpe que pueden sufrir los que han dado el ser á una hija para que venga luego un miserable á hacerle la más villana afrenta. D. Fernando Carvajal, tan orgulloso de su nombre, tan celoso de su honra, quiso correr contra el malvado, pero detuviéronle las lágrimas de su mujer, la desesperacion de su hija...

Entre tanto avanzaba el tiempo y hubo necesidad de sustraer á María á todas las miradas, porque don Fernando no hubiera podido resistir á aquella afrenta, si se hubiese hecho pública, y hubiera sido capaz de matarse y de matar á su propia hija.

Y á medida que el tiempo avanzaba, nacia en el alma de María un sentimiento tiernísimo, que en medio de las amarguras de su situacion, en medio de la

vergüenza y la desesperacion, la alentaba y allá en su soledad la consolaba.

Y era que sentia nacer en su seno una nueva vida, era que aquel ser que se agitaba en sus entrañas le decia con un acento sólo comprensible para una madre:—¡Yo soy inocente!—Y el amor maternal llenaba ya todo aquel generoso corazon.

Pero tenia que ocultar estos sentimientos en el fondo de su alma, porque su padre los habria creido una nueva afrenta para él. Eran tan exageradas las ideas del noble Carvajal, que el odio que rebosaba en su corazon contra el criminal raptor de la honra de su hija, lo hacia extensivo á la inocente criatura, fruto de aquel nefando crimen, y no pudiendo vengarse en el malvado Meco, queria vengarse en el hijo que naciera, desconociendo que aquel hijo era tambien su propia sangre.

Ya faltaba poco tiempo para que viera la luz del mundo aquel tierno inocente sér; María, alejada de su casa, encerrada, acompañada únicamente de su buena madre, y vigiladas ambas por el implacable D. Fernando Carvajal, esperaba con indefinible angustia aquel momento, y endulzaba mucho su amargura el santo y puro sentimiento de la maternidad.

En vano habian procurado María y su madre averiguar qué intentaba hacer el airado caballero, el implacable padre, con la criatura inocente que iba á venir al mundo: una noche, pocos dias ántes del nacimiento de la hija de D. Tomás Meco, María se echó á los piés de su padre, y le rogó con tan desgarrada

dores sollozos, con tan profunda humildad, con tan conmovedor acento, que un instante cedió la inquebrantable fortaleza de aquel hombre, y prometió solemnemente á su hija que la criatura próxima á nacer no seria muerta ni abandonada en un asilo de beneficencia...

Llegó el momento supremo. D. Fernando no queria que tuviera su hija otra asistencia que la de su madre, pero no contaba con que Dios habia de disponer las cosas de otro modo. Así es la soberbia humana.

El hombre, en su ceguedad y en su pequeñez, pretende que la Providencia misma esté propicia siempre á servir sus deseos, y acaso se rebela contra ella cuando no los ve cumplidos.

María sufrió horriblemente; un dia entero y una noche estuvo la infeliz devorando los más crueles dolores, y ni una sola palabra de queja ó reconvencion salió de su boca, ni un grito de los que arranca el sufrimiento... y era que no sólo no queria irritar á su padre ni mostrarse desobediente y soberbia, sino que temia que al menor esfuerzo, al más leve grito, podia comprometer la vida que iba á nacer de la suya. Sólo una madre es capaz de esta abnegacion, de este heroismo.

De tal manera se agravó el segundo dia el estado de la paciente, que la esposa de D. Fernando Carvajal creyó que ya no podia seguir obedeciendo las terribles órdenes de su marido, que era un crimen dejar á su hija morir sin la asistencia inteligente de un facultativo.

—Es preciso llamar á un médico, dijo á su esposo.

—Nunca, contestó éste; nadie en el mundo, más que nosotros y el infame autor de nuestra afrenta, ha de saber la deshonra de nuestra hija.

—Nuestra hija se muere.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—La voluntad de Dios es que hagamos por nuestra hija todo lo humanamente posible. Y si no lo hacemos, todavía seremos más criminales que el mismo autor de nuestras desventuras, porque seremos asesinos de nuestra hija. Ella y yo te hemos obedecido en todo: ella está todavía dispuesta á obedecerte, muriendo, sin exhalar una queja; pero yo no puedo obedecerte más, y si tú no llamas á persona que pueda salvar á nuestra hija, yo misma, yo salgo, diciendo á gritos que se muere mi María, y todo el mundo sabrá lo que tanto empeño tienes en ocultar.

D. Fernando Carvajal se desesperaba; si accedía á los ruegos de su mujer, creía él que hacía pública la deshonra de sus canas; y si sostenía su cruel resolución, era inevitable la muerte de su hija.

Dios, en su gran sabiduría, le ponía en esta alternativa para humillar su soberbia, para probar su valor, para aquilatar su fé religiosa.

D. Fernando no tuvo más remedio que ceder: era cristiano.

Salió desesperado y fué á buscar á D. Serafin, aquel médico que vimos asistiendo al hijo de la ciega, al pobre Luis, el compañero de la infancia de Isa-

bel. D. Serafin era un hombre de bien, y D. Fernando tenia en él más confianza que en ningun otro.

D. Fernando, con amargas lágrimas, le refirió el suceso, y le exigió el secreto.

Como propia sintió D. Serafin la afrenta de su amigo, y en cuanto al secreto que habia de guardar, díjole:

—Me ofendes suponiendo que pueda quebrantarlo.

Pocas horas despues, María Carvajal, cuidadosa y hábilmente asistida por D. Serafin, daba á luz á la que andando el tiempo habia de ser Sor Dorotea.

La pobre madre no pudo saber quién le habia asistido, porque momentos ántes de llegar el médico perdió el conocimiento, y no lo recobró sino despues de algunas horas de haber salido de aquel trance.

María no se atrevió á preguntar nada, pero miró á su madre de tal manera, que ésta, para darla consuelo, le dijo:

—Hija mia, espera y confia en Dios.

Entre tanto, D. Fernando Carvajal, cumpliendo su palabra de no atentar á la vida de aquella criatura, ni abandonarla en un asilo de Caridad, la hizo bautizar sin padres conocidos, y la confió al convento donde ahora poco hemos visto providencialmente reunidas á la madre y á la hija.

María calló y esperó en Dios.

Pero sus penas no habian de concluir en mucho tiempo.

Algunos años despues, llamóla un dia su padre y le dijo:

—Hija, ha llegado el momento de fijar tu suerte.

—¡Mi suerte, padre!

—Sí; mi amigo el conde de Tres Puentes tiene un hijo y quiere casarlo contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, el hijo de mi amigo está distraído de sus deberes y derrocha la fortuna de su padre. Este ha creído que quien podría corregirle y traerle á buen camino sería una mujer propia, y habiendo hablado con su hijo acerca de esto, le ha contestado que sólo hay una mujer que él tomaría por suya, y que ésta eres tú.

—Padre, por Dios...

—No trato de violentar tu voluntad; pero este enlace me ofrece mil ventajas. En primer lugar asegura tu suerte.

—Mi suerte, padre mio, sería poder encerrarme con el fruto de mis entrañas en el más apartado rincón del mundo, pobre y olvidada.

—Sabes que mis negocios están en lastimoso estado. El conde de Tres Puentes, mi noble amigo, me hace un gran favor, me ayuda á levantar mi fortuna, á desempeñar mis propiedades; de manera que, negándote tú á secundar mis deseos, no sólo pierdes tú, sino condenas á la ruina á tu padre y á tu hermana menor. Esta es la verdad; ahora haz lo que quieras. O la fortuna para tí y tu familia, ó la ruina.

—¡Por Dios, padre!

—Hasta mañana tienes espacio para elegir tu suerte y la nuestra. Dios te inspire. Si complaces mis deseos, habrás dado un alivio á mi profunda pena; si

no quieres, no te reconveniré, y sufriré resignado lo que Dios quiera.

Puesta en esta alternativa, María no sabia qué hacer. Repugnábala unir su suerte á la de un hombre á quien tenia que engañar ó confesarle la verdad. Por otra parte, ¿cómo resistiria al espectáculo de la miseria de su anciano padre y de su familia? Don Fernando Carvajal era muy apegado á las vanidades mundanas, y seria condenarle á muerte privarle de ellas. ¿Qué podia hacer la atribulada madre? Salvar á su padre, y resignarse á seguir sufriendo, á sufrir cada vez más. El dia siguiente, María dijo á su padre que en todo le obedeceria. La pobre mártir se casó con el conde de Tres Puentes. El dia de su boda, María, que ya estaba decidida á sufrirlo todo, habló así á su marido:

—V. y yo hemos obedecido á nuestros padres y hemos cumplido un deber filial, pero ahora yo tengo una confesion que hacer á V.; dispuesta estoy á cumplir mis deberes de esposa fiel y honrada, pero hay en mi vida una tristísima página.

Y María refirió á su esposo el crimen de que habia sido víctima, callando el nombre del infame, que habia jurado no pronunciar jamás.

El conde de Tres Puentes oyó la confesion de la que era su mujer, y le dijo:

—Señora, no dudo que es V. una mujer honrada, y que es la verdad cuanto me acaba de decir; comprendo su abnegacion al casarse conmigo para salvar á su padre, pero me falta saber una cosa.

—¿Cuál?

—El nombre del infame.

—No lo puedo decir; un juramento me lo impide.

—Yo necesito saber su nombre para matarle.

—Yo no lo puedo decir.

—Entonces, señora, V. es mi mujer, porque la Iglesia nos ha unido, mas de hoy en adelante V. vive en mi casa, pero léjos de mí, hasta el dia en que pronuncie V. el nombre del villano; entre tanto, no se presentará V. jamás á mi lado en ninguna parte, porque no quiero que V. se avergüence delante de nadie, y que ese miserable pueda decirse á sí mismo, al verme con V.:—Ese hombre es un infeliz, que lleva tan ufano de su brazo á la que ha sido mi manceba.

—Caballero, yo no he sido manceba de nadie; encontré un ladron en mi camino, y me robó la honra y la felicidad. Esta es una desgracia, pero no una falta mia.

—Es verdad; pero mi resolucion es irrevocable.

—Yo acepto la posicion que V. me ofrece.

—Tanto mejor.

—Sea V. feliz; á mí ya no me sorprende ni me asusta la desgracia.

Y de este modo se separaron el dia de sus bodas María y su marido.

El heredero del conde de Tres Puentes tenia, entre sus mil defectos, una buena cualidad; amaba mucho á su padre.

Por darle gusto se habia casado, y por no darle un

gran pesar le ocultó que su amigo D. Fernando de Carvajal le había engañado.

Así vivieron siempre amigos el conde y D. Fernando, y éste volvió á figurar en la córte con el lujo y la ostentacion que tanto echaba de ménos, y murió con la fama de un hombre de bien, buen padre, buen esposo y todo lo demas que se dice de todo el que se muere.

El conde de Tres Puentes murió tambien poco despues, dejando á su primogénito una gran fortuna y todos sus títulos de nobleza.

Entregado por completo á la política y á sus vicios, el conde no modificó nunca la situacion que habia creado á su esposa, que vivió resignada, con la única esperanza de encontrar un dia á la hija de sus entrañas.

Esta es la triste historia de la madre de Sor Dorothea, hija infeliz de un crimen horrendo, y heredera de la resignacion y la humildad de su madre.

Me parece que no he tardado mucho en contársela al discreto lector, á quien vuelvo á suplicar un poco de paciencia para que con ella me aliente á concluir esta novela.

— Señora, le dije el confesor, no habrá inconveniente en que hablé V. A la señora Abadesa cuando

esta haya terminado sus oraciones. Y condujo á la condesa á una capilla que

servia de locutorio, donde ya estaban Isabel y Sor Dorotea, que tambien deseaba hablar á la superiora.

del convento donde habia estado. XXIII

fancia, y ademas iba á presentarse en un momento propio, y habló á

Sor Dorotea de su infancia. Cuando la condesa

Explicaciones.

Dorotea habia vivido en el convento, le hizo varias

preguntas llenas de curiosidad, y el buen cura llevó

la conversacion de tan ingeniosa manera, que cuando

la madre superiora apareció en la sala del locutorio,

El mismo día de la confesion de Sor Dorotea,

Isabel y la condesa de Tres Puentes, reconocieronse

aquella y esta como hija y madre, para lo cual hizo

prodigios de ingenio el confesor, interesado en que

madre é hija se reconocieran, y celoso al mismo tiempo

de los deberes de su sagrado ministerio, acerca del secreto de la confesion. Cuando hubo concluido de decir la misa que oyeron después de la confesion las penitentes, la condesa de Tres Puentes se acercó á él y le preguntó si podria ver á la superiora de la comunidad.

—En este convento, le dijo, tuve yo un pedazo de mi alma, y quisiera saber si hay algun indicio que me dé á conocer la suerte de aquella persona para mí tan querida.

—Señora, la dijo el confesor, no habrá inconveniente en que hable V. á la señora Abadesa cuando esta haya terminado sus oraciones.

Y condujo á la condesa á una habitacion que servia de locutorio, donde ya estaban Isabel y Sor Dorotea, que tambien deseaba hablar á la superiora del convento donde habia pasado los dias de su infancia, y ademas iba á presentar á su *hermana* Isabel. El sacerdote creyó el momento propicio, y habló á Sor Dorotea de su infancia.

Cuando la condesa de Tres Puentes supo que Sor Dorotea habia vivido en el convento, le hizo varias preguntas llena de curiosidad, y el buen cura llevó la conversacion de tan ingeniosa manera, que cuando la madre superiora apareció en la reja del locutorio, estaban estrechamente abrazadas la madre y la hija.

.....
—Vamos, señor autor, oigo que dice el lector amabilísimo, á V. se conoce que se le olvida lo que escribe, y no es extraño, pues á mí tambien se me ha olvidado cuántos años ántes de Jesucristo empezó á publicarse esta novela.

—Señor lector, me parece que todavía no puede usted decirme si se me ha olvidado algo.

—Lo digo, porque no trata V. de decirme quiénes diablos fueron los padres de Isabel, de quien siempre me ha dicho que se la encontraron en el arroyo los de aquel pobre pintor, á quien dejó V. hace mucho tiempo moribundo, y no se ha vuelto á saber de él pelo ni hueso, aunque ya supongo que estará comido.

de gusanos, pues tiempo sobrado ha habido para eso.

—Señor lector, es V. implacable, recordándome mis faltas; pero debo advertir á V. que de todo eso pensaba hablar á V. ántes de poner fin á la novela.

—Entónces no digo nada, aunque no me falta motivo para decir mucho. A ver, ¿quién fué el padre de Isabel?... ¿Quién fué la madre? ¿Fueron tambien algun señoron y alguna señorita desgraciada?

—No, señor.

—Pues no tendria ella mal disgusto cuando supiera que sus padres pertenecian á la plebe.

—Por eso no lo supo nunca, porque yo no la he querido dar ese disgusto.

—Pues mire V., señor autor, como á mí no me dará V. disgusto alguno con que la Isabelita sea hija de un monarca ó de un matachin del Rastro, hágame V. el favor de decirme de quién fué hija.

—Hija fué de un tuno redomado y de una mujer más mala que la peste.

—¡Bonitos padres tuvo la pobre! ¿Y cómo fué aquello de tirarla á la calle?...

—Fué un arrebató de la madre.

—¿Fué la madre la que la abandonó?... ¡Qué horror!...

—Hay fenómenos en la naturaleza, y uno de estos es una madre que abandona á sus hijos. Desgraciadamente, amigo lector, hay ejemplos. Apénas pasa una semana sin que se encuentre en la calle algun niño abandonado, casi siempre muerto.

—¿Y cómo pasó?

—La madre de Isabel era una buena moza, eso sí, y el padre un buen mozo. Aquella estaba enamorada de éste, y éste, como todos los hombres que tienen quien les quiera mucho, tenía mucha afición á las demas, y daba á aquella muchos motivos de celos. La mujer era una fiera cuando le acometía algun acceso de esta terrible enfermedad, y habia prometido á su amante que el dia que éste le hiciera alguna partida serrana, abandonaria á su hija, amenaza terrible para él, que amaba mucho á la tierna niña.

Un dia supo que el buen mozo andaba entretenido con otra buena moza, y loca de celos, de odio, de despecho, cogió á su hija y cumplió la horrible amenaza.

Poco despues de haber abandonado á la pobre criatura, se despertó en ella el sentimiento del amor maternal, y volvió á buscar á su hija al sitio donde la habia dejado. Ya no estaba allí. Los padres del pintor la habian recogido amorosísimamente.

—Diga V.: y el padre de la chica, ¿no deslomó de una paliza á la madre?...

—No, señor; porque aquel hombre, que era de lo más bárbaro que puede imaginarse, en presencia de aquella mujer era un chiquillo, y ademas ella tenía en su mano vengarse de él, haciéndole llevar á chirrona por mucho tiempo, que era verdaderamente donde merecia estar el hombre.

—¿Era ladron?

—Y asesino.

—¡Aprieta, manco! Pues, señor, tienen unos as-

cendientes los personajes de la novela de V., que me rio yo.

—¿Ve V. cómo he sido discreto y compasivo haciendo que Isabel ignore quiénes fueron sus padres?

—Sí señor, sí; ha hecho V. bien.

—Y además, amigo lector, he querido que el castigo de las faltas cometidas por Isabel, sea el de no conocer á sus padres, y es suficiente castigo á fé vivir y morir en esa horrible incertidumbre, en esa amarguísima pena de no conocer á quién se debe la existencia; pero Isabel, regenerada ya, sufrió con resignacion su castigo, y se consoló con el espectáculo de la felicidad de Sor Dorotea, que habia encontrado á su madre, y de la condesa de Tres Puentes, que habia encontrado á su hija.

—Pero todavía no me ha dicho V. á mí en confianza quiénes fueron los padres de Isabel.

—Hombre, yo creí que lo habia V. adivinado.

—No, señor, ni quiero tomarme el trabajo de pensarlo, para que luego salga V. por los cerros de Ubeda.

—Pues, señor lector, el padre de Isabel fué un sujeto de quien se habló mucho en los papeles públicos, y que fué llevado dos veces á un sitio á donde regularmente no va nadie más que una vez.

—¿Al patíbulo?

—Lo acertó V.

—¿Y cómo fué eso?

—Muy sencillo; la primera vez fué indultado cuando ya se hallaba á punto de sufrir la pena, y la segunda vez...

—¿La sufrió?...

—Sí, señor.

—Entonces... calle V... el padre de Isabel era sin duda aquel hombre que estaba en el tugurio de fuera de la puerta de Toledo el día que fué muerto el cochero del conde de Tres Puentes, encargado de seguir los pasos á la Chata.

—Precisamente, aquel mismo.

—Entonces la madre sería la Chata.

—Justamente.

—¿Y la Chata era?...

—La Chata era una mujer de historia, que no sé en qué correccional murió ha poco. Había representado muchos papeles, siendo el principal el de cómplice de ladrones, encubridora de todo género de delitos, corredora de vicios y perseguidora de virtudes, señora á ratos, mujer política, y agente de policía. Con todas estas industrias, y su salero y sandunga, había vivido haciendo tales cosas, que para referirlas habría que escribir otra novela. Y tal llegó á ser su influencia, que ella sola salvó la primera vez á su amante del garrote vil, y no le salvó la segunda porque tiró el diablo de la manta, y se descubrieron todos los crímenes de ambos, y gracias á su sexo, libró la piel, aunque para verse encerrada durante toda su vida en una casa de correccion, donde no dicen las crónicas si se corrigió; pero no será temerario suponer que, si no hizo más desaguizados, fué porque no pudo.

—Bien, dice ahora el lector, me doy por satisfecho

con las explicaciones que V. me ha dado sobre ese punto de quiénes eran los padres de Isabel; pero todavía no ha acabado V. de explicarse.

—¿Por qué lo dice V.?...

—Porque todavía falta saber quién era aquella vieja que se murió en la calle del Tribulete, y en cuyo jergon se encontró un legajo de papeles, entre los que estaba el testamento de D. Tomás Meco en favor de su hija.

—Pues mire V., señor lector, si V. no me lo recuerda, ya me iba yo á olvidar de la vieja aquella, que estará gozando de Dios, pensando piadosamente.

—Pues no le falta á V. sólo dar noticia de la historia de aquella señora. También me tiene V. que decir á dónde diablos se ha ido el hijo del sacristan, y qué fué de él.

—Para que lo sepa V., será preciso que volvamos á los primeros capítulos de la novela.

—Hombre, ¡por María Santísima! aunque me dé usted para un coche no vuelvo yo á los primeros capítulos de este novelon tan descosido, y de fijo no encuentra V. ningun lector dispuesto á esa heroicidad. Pero, en fin, sepamos: ¿quién era aquella vieja?...

—Aquella vieja habia sido jóven y guapa, y habia servido en clase de doncella en casa de D. Tomás Meco. De doncella pasó á ser ama de gobierno.

—Era un ascenso justo.

—Estaba en todos los secretos de su amo.

—Ya me hago cargo.

—Ella sabia lo de la niña que tuvo D. Tomás y

que habia desaparecido del convento; ella sabia que D. Tomás tenia hecho un testamento en favor de aquella, sabia dónde lo tenia, y sabia otras muchas cosas, y habia estado esperando toda su vida que don Tomás, por conciencia y conveniencia, se casara con ella, que mil ejemplos se han visto de excelentísimos señores que se han casado con fregonas, ó doncellas de labor, ó amas de llaves. La pobre mujer era tonta de capirote.

—Ya lo voy conociendo.

—D. Tomás Meco la dejaba creer todo lo que queria. Así tenia una criada fiel, que no le quitaba lo que tenia, porque pensaba que todo iba á ser suyo un dia ú otro, y que le cuidaba con gran esmero, como que veia en él su futuro marido. Pero llegó el dia en que D. Tomás Meco se volvió tonto, en que Isabel le barajó los sesos y se casó con esta. La criada vió por tierra todas sus ilusiones. Habia sido cariñosa, fiel y cuidadosa, y todo en vano. Se encontraba vieja, sin ahorros, sin sus esperanzas de ser señora... Y como tenia tan poco talento, imaginó lo que va V. á leer.

—Este tunante, se dijo, y sus razones tendria para llamar así á su amo, se va á morir cualquier dia... Pues yo me llevo el testamento en que reconoce á su hija, sin decir el nombre de la madre, y me presento con él como madre de esa hija, á quien ántes buscaré por todas partes.

Y robó los papeles á su amo, y se dedicó á buscar á Sor Dorotea, á quien no encontró hasta que estuvo postrada en su miserable lecho de muerte. La pobre

mujer pasó muchos trabajos desde que salió de casa de su amo, tuvo enfermedades, y vino á caer en la más horrible miseria; y en lugar de devolver los papeles á su señor y dueño, y pedirle amparo, continuó buscando en vano á la hija de aquel, de la que sólo sabia el nombre, y al fin vino á morir en la triste situacion en que ya la vió V., amigo lector.

—Pero, hombre, yo le paso á V. muchas cosas, aunque sean un poco duras de creer; pero ¿cómo don Tomás Meco no advirtió que le habian robado el testamento?

—Señor lector, desde que aquel hombre se casó perdió el juicio; de tal manera le mareó Isabel, y ademas de este mareo, tenia el de ser ministro y presidente del Consejo, y no tiene nada de extraño que el hombre no fuese á ver el testamento, que creia tener en sitio bastante seguro. ¿Me lo pasa V. ahora?...

—Bien, hombre, bien; ya he llegado á tal extremo de aburrimiento, que se lo paso á V. todo.

—Gracias. Pues ahora vamos á ver cómo acaba su carrera el hijo del sacristan, y á tener el gusto de conocer al sér afortunado que consiguió inspirar un amor puro y grande á Sor Dorotea; y con eso y con dar al lector alguna que otra explicacion, si la desea, concluiré la novela.

XXIV

El fin del hijo del sacristan.

—¡Hombre! exclama el lector; vea V. un caso en que siento no ser yo sacristan ó cosa así para echar las campanas á vuelo. ¡Gracias á Dios que va V. á acabar la novela!

—No se entusiasme V. tanto, señor lector, que todavía no hemos llegado...

—No hemos llegado, ¿á dónde?... Crea V., señor autor de los demonios, que con ningun otro he llegado yo á donde he llegado con V., á tan alto extremo de paciencia y benevolencia. Pero no tengo muchas ganas de conversacion con V. Acabe V. de una vez la novela, y le perdono de buen grado todo lo que hasta ahora me ha desesperado.

—Pues, amigo, lo siento mucho, pero está V. equivocado; no es la novela lo que va á acabar, sino el hijo del sacristan.

—¡Ah! ¿le va V. á matar?...

—Me parece que sí.

—Es el mejor medio de acabar con la gente. ¿Y de qué va á morir ese infeliz?...

—Dudando estoy.

—Mátele V. de un tiro.

—¿Y quién se lo pega?

—El mismo, hombre.

—Por Dios, señor lector, ¿cómo quiere V. que un hombre que acaba de confesar sus culpas, poniéndose bien con Dios, vaya á cometer un espantoso crimen?...

—Hombre, es verdad; tiene V. razon, contra su costumbre.

—No se le puede matar de un tiro, como no se lo pegue otra persona, y no hay persona que pueda hacerlo.

—Pues, mire V., precisamente estamos en época en que los tiros abundan en muchas partes.

—No importa; en la aldea á donde volvió el hijo del sacristan era toda gente buena, incapaz de pegar un tiro á nadie.

—¿Volvió á la aldea?

—Sí, señor; ya se lo dije á V. en los primeros capítulos de la novela; aquel hombre que salió del tren y se dirigió á la casa de la tia Torla, que estaba sumamente afligida por la pérdida del buey, aplastado por la locomotora, era el mismísimo hijo del sacristan.

—Sea en hora buena.

—Ya recordará V. que la tía Torda, la madre de la pobre Teresa, á quien sedujo aquel hombre, y esta fué su primera hazaña, al verle se horrorizó, se desmayó y se murió.

—Sí, señor, ya me acuerdo; sin duda la pobre mujer adivinó esta novela, y no quiso tener en ella una parte principal.

—Señor lector, ya no hago caso de pullas.

—Ni yo tampoco de las cosas que V. me cuenta.

—Entónces, si le molesto á V...

—No, hombre, no; siga V., á ver por dónde diablos sale V. de este laberinto.

—Pues, con permiso de V.

—V. lo tiene.

—El hijo del sacristan, á quien no conocieron los mozos ni los viejos de la aldea, tanto habia variado en la córte, fué á confesarse con el señor cura, que le reconoció en seguida.

—¿Otra vez á confesarse?

—Sí, señor; habia sido tan grande pecador, que nada tenia de extraño que, habiendo pasado tanto tiempo sin acercarse á Dios, quisiera recuperar el tiempo perdido.

Despues de haber referido al señor cura todas sus aventuras y todas sus faltas, y manifestado el propósito de la enmienda, y de reconocer por su hija á la pobre Andrea, y dedicarse por completo á la pobre criatura, el cura se encargó de comunicar á esta la buena nueva; pero Andrea rechazó á su padre, y dijo que mejor queria pedir una limosna toda su vida

que seguir á aquel hombre que habia causado la muerte de su abuela.

Andrea, cuando veia llegar á su padre, temblaba como una sensitiva, y se amparaba del señor cura; éste le habia contado la triste historia de su madre, le habia dicho que cuando esta fué á buscarle á Madrid, el seductor la habia desconocido y rechazado, y la pobre niña decia:—Pues hago con él lo que él hizo con mi madre.

—¡Pero, hombre! era su padre, y los hijos no deben erigirse en jueces de sus padres.

—Tiene V. razon, y me alegro de tener lectores que piensan con tanta cordura; pero conocerá V. que la muchacha tenia razones para no tener la mayor aficion á su padre.

El bueno del cura emprendió la buena obra de hacerla comprender que debia amor y respeto á su padre, olvidando las faltas de éste para recordar sólo los beneficios que le venia á hacer, reconociéndola por hija suya y sirviéndola de guia y sosten en el mundo.

Algun trabajo costó esta empresa al anciano sacerdote, pero al fin logró que la niña viera sin espanto á su padre.

Este se estableció en la aldea, dió grandes limosnas á todas las familias pobres, é hizo lo posible por hacerse amar.

—Y despues de todo esto, ¿le va V. á matar?

—Sí, señor; aquel hombre que habia hecho sufrir tanto á la pobre inocente madre de su hija, á la des-

dichada abuela, á su misma hija, y ademas á todo un pueblo, en general, con sus abusos en el poder, y en particular á no pocas familias, quitando los destinos á honrados padres para venderlos á quien más daba, debia sufrir tambien.

—¿Y qué sucedió?

—No sé si se acordará V. de aquel pobre perro, propiedad de cierto cazador de la aldea y su único amigo, que una tarde fué víctima tambien del hijo del sacristan.

—Tengo una idea.

—Aquel perro le hacia grandes caricias una tarde en el campo, y en pago recibió un disparo de perdigones que le dejó ciego. El hijo del sacristan, en un arranque de soberbia, no vaciló en herir tan cruelmente al noble animal y en llenar de amargura el alma de su dueño, que no tenia más familia, más amigos, más fortuna que el pobre perro.

El dueño de este, cinco ó seis años despues, murió, y el perro le sobrevivió, llegando á edad muy avanzada, á que pocos perros llegan.

Todos los vecinos daban de comer al viejo animal, cuando bajaba al pueblo; ordinariamente pasaba muchos dias en el monte mismo donde solia en vida de su amo acompañar á éste á la caza, y venia al pueblo, guiado por su buen instinto, cuando, despues de recorrer el monte, se convencia de que no estaba allí su amo, y volvía al monte cuando se convencia de que tampoco estaba en el pueblo.

Así vivió el perro, y ya en el monte, ya en el pue-

blo, se le oían dar tristes alaridos llamando á su amo.

Cuando volvió á la aldea el hijo del sacristan, el perro no habia bajado del monte hacia tiempo, y todos creían que habia muerto, bien cayendo en algun barranco, de donde no podría salir, ó á consecuencia de una asquerosa erupcion que le habia salido en todo el cuerpo.

Una tarde, dos meses despues de la llegada del hijo del sacristan á la aldea, salió éste al monte con ánimo de cazar alguna delicada perdiz que ofrecer á su hija; al primer disparo que hizo vió venir un perro enorme; pero espantoso, flaco, con el pelo erizado.

El hijo del sacristan no habia disparado más que uno de los tiros de los dos cañones que tenia su escopeta, y al ver venir aquel animal enfurecido, creyó que era un lobo y disparó sobre él.

Sonar el tiro y verse el hijo del sacristan tendido en el suelo y cogido por la garganta fué cosa de un instante. Pasado el primer momento, vió que el perro yacia á su lado muerto, y que él estaba lleno de sangre. El animal, al sentirse herido, habia dado un salto sobre el matador, le habia derribado y mordido en la garganta, cayendo despues para no volver á levantarse.

—¿Y mató al hijo del sacristan?

—El hijo del sacristan se levantó, se lavó la garganta en el rio y se ató un pañuelo sobre la herida.

—Vamos, es decir, que no fué nada; me habia V. asustado.

—Pues no hay de qué.

—Yo creí que me iba V. á contar una cosa más grave.

—Mire V., no dejaba de serlo, porque el perro, en el momento de morder al hombre, estaba atacado de hidrofobia.

—¡Canario!

—Me parece que habia motivo para asustarse.

—¡Ya lo creo! ¿Y rabió el hijo del sacristan?...

—Dos meses despues, cuando ya no se acordaba siquiera del perro, se presentaron en él los primeros síntomas de la enfermedad.

Llamáronse saludadores que le curasen, acudióse á todos los medios, pero en vano; el hijo del sacristan murió, despues de edificar á todos con su resignacion cristiana, haciendo dueña de todo su caudal á su hija, y encomendándosela á Isabel, su antigua amante, convertida tambien, como sabe el lector, al buen camino.

—Y ahora, ¿qué falta?

—Ahora, señor lector, falta saber quién era el amor de Sor Dorotea, para lo cual me hará V. el obsequio de tener paciencia hasta el capítulo siguiente.

XXV

Un muerto resucitado.

Ya recordará el lector...

—¡Hombre! ¿qué diablos he de recordar ya, señor autor, si desde que V. empezó á publicar esta novela ha habido tiempo bastante para que se acabe el mundo y vuelva á formarse otro?

—Tiene V. razon que le sobra, señor lector, y no me haga más cargos, que al fin estamos ya de la novela, y voy á dejarle á V. en paz.

—Ya es hora, señor autor.

Luis, el jóven pintor, aquel desdichado que volvió de su viaje á Italia lleno de ilusiones, creyendo que iba á casarse con su querida Isabel, despues de todos los incidentes que referí en diversos capítulos, y especialmente de la visita de Isabel á la miserable buhardilla, donde se habia refugiado con él la pobre

madre ciega, quedó en un estado tal que D. Serafin, el médico, creyó llegada la última hora de aquella vida tan breve y tan castigada por el destino.

Lo mismo creyó Sor Dorotea, que se habia constituido en madre de la anciana, á quien la desgracia de estar ciega habia privado de dar á su hijo los cuidados de una madre cariñosa, y en madre tambien, ó hermana, mejor dicho, de aquel infeliz que caminaba á la eternidad sin poder lanzar del pecho un amor funesto.

Recordará el lector, y si nó lo recuerda el lector lo recuerdo yo, que la anciana y su hijo no estaban ya en la buhardilla la noche del dia en que Isabel se atrevió á profanar con su presencia aquel triste templo del sufrimiento.

El médico, al saber la crisis terrible que produjo al enfermo la presencia de la mujer que le habia vendido, dijo á la noble hermana de la Caridad:

—El muchacho se muere, no hay remedio, y bien sabe Dios que á toda costa quisiera prolongar su vida, no sólo porque es un alma noble y buena, sino porque es un artista de genio.

—¿Y no hay remedio, D. Serafin?

—Dios puede hacerlo todo. Seria preciso sacarle de aquí, llevarle á un sitio apartado de la ciudad, á una casa que tuviera vistas al campo, donde el pobre tenga aire que respirar, donde pueda ensancharse su oprimido corazon...

—¡Oh! sí, sí. ¿Y qué haremos?

—En Carabanchel, en la parte más elevada, posee un amigo mio una casa que no habita. Corro á

hacer una obra de caridad, á pedirle que nos la preste para nuestro pobre enfermo.

Y en efecto, dos horas despues, en una camilla el enfermo, y en un coche la anciana, eran trasladados á la casa del pueblo. El enfermo habia perdido el conocimiento despues de la violenta escena con Isabel, y esta circunstancia facilitó mucho su traslacion. La pobre madre creyó que su hijo habia muerto y la sacaban por eso de la casa; pero con ella iba Sor Dorotea que le refirió la verdad, y la anciana tenia tanta fé en las palabras que pronunciaba aquella boca, nunca manchada con la mentira, que pronto se tranquilizó y áun cobró ánimo su abatido corazon. Instalados ya en la nueva casa aquellos dos desgraciados séres, pasó toda la noche el enfermo sumido en profundo sopor, pero á la salida del sol, hirió su oido el canto alegre de dos pajarillos que en una jaula dorada habia en la ventana del aposento.

Luis abrió los ojos y respiró con más libertad, y pareció complacerse en aspirar aquel aire puro. Miró y desconoció todo aquello. La habitacion era grande y estaba amueblada con gusto y sencillez. La cama tenia colgaduras blanquísimas; al lado de ella habia una butaca, donde estaba sentada, dormida, su inocente madre; enfrente del lecho se abria una ventana grande, por la que penetraban los tibios fulgores del sol saliente; y se veía una espesa enramada y un horizonte dilatado. A los pies del lecho estaba Sor Dorotea, que observaba fijamente la impresion que hacia en el enfermo aquel cambio.

—¿Dónde estoy? dijo con débil acento.

—Donde recobrará V. la salud, si Dios quiere.

—Voz de un ángel debe ser la que oigo, dijo el jóven, y procuró levantar la cabeza para ver quién le hablaba. Miró á Sor Dorotea, y exclamó: —¡Qué hermosa!

—¿No me conoce V.? dijo esta:—soy la misma de siempre, la religiosa que ha cuidado á V. estos dias pasados, estos tristes dias, que ha estado V. tan mal.

El jóven estaba tambien hermoso, áun en aquel estado; la aureola del sufrimiento le daba un encanto indecible; aquella frente juvenil, nublada por el dolor, aquella palidez, aquella triste mirada, aquella sonrisa que se dibujaba en sus descoloridos labios, dábanle el aspecto de un mártir.

Sor Dorotea le miró, y sintió en su corazon una cosa que no es posible explicar; sintió una profunda compasion, y un deseo intensísimo de conservar aquella vida de que Dios parecia que ya habia decidido disponer.

Al mismo tiempo que por las mejillas del enfermo se deslizaba una abrasadora lágrima, otra abrasadora lágrima surcaba las límpidas mejillas de la hermana de la Caridad.

El amor habia penetrado en aquel corazon hasta entónces consagrado exclusivamente á la caridad.

Pero ¿no era tambien caridad amar á aquel pobre jóven?...

.....

—Mire V., dirá el lector, que eso de que una her-

mana de la Caridad, una religiosa, se enamore de un enfermo, de un moribundo, no es muy católico que se diga.

—Sí, señor, que es católico, porque ha de advertir V. que la hermana de la Caridad era completamente libre de sus acciones, y al consagrarse al auxilio y cuidado de los enfermos, no había pronunciado otros votos; precisamente por no pronunciarlos había abandonado el convento donde corrieron los primeros años de su vida.

—Bien, hombre, bien; ya lo sabemos. Pero, ¿cómo nos quiere V. hacer creer que aquel jóven, que por las señas estaba tísico pasado, se curó? Los tísicos no se curan.

—Los tísicos, como todos los enfermos, se curan, si Dios quiere, y Dios quiso que se curase Luis. ¿Le pesa á V. acaso, señor lector?

—No, hombre, no; á mí ¿qué me ha de pesar?... Mas parece inverosímil, porque cuando habló V. del pobre hombre en otra ocasion remota, nos lo pintó V. tan malito, que, francamente, todos los lectores hemos creído que estaba enterrado hacia mucho tiempo.

—Pues ya ha visto V. cómo un autor puede resucitar á un muerto cuando le da la gana.

—Ya lo veo; pero, en fin, ¿qué sucedió? ¿Se dijeron una madrugada, ó una tardecita, que se amaban, y él se puso bueno en seguida?

—No, señor, no se lo dijeron en todos los años que pasaron despues.

—Eso sí que es grande.

—El habia hecho un juramento: el de no ser esposo de otra mujer que de Isabel. Habia ademas otra razon: Luis habia inspirado en Italia, como ya referí en otra ocasion, una intensísima pasion á una noble niña que murió de amor al verle volver á España y abandonarla...

—Pues si murió...

—Y Luis no queria amar ya. Amado á Isabel habia sido tan desgraciado, y amado por otra habia sido ésta tan desdichada, que Luis tenia la preocupacion de que el amor habia de serle fatal... Ademas, aquella mujer, vestida con el severo traje de la Caridad, le infundia un respeto tal, que nunca se hubiera atrevido á decirle una frase de amor mundano.

—Vamos, el chico era respetuoso.

—Y sobre todo no habia podido adquirir ni el más leve indicio de que Sor Dorotea le amase.

—Pero, diga V., ¿y cómo se dijeron al fin esos pobres enamorados que se querian?... Porque presumo que los va V. á casar...

—¿Quiere V. que los case?

—Sí, hombre; cáselos V., hágalos V. felices, aunque sea por lo civil, como ahora se estila.

—Pues oiga V. lo que sucedió.

Sor Dorotea habia encontrado á su madre.

—Sí, la condesa de Tres Puentes, ya me lo ha dicho V. varias veces.

—A su madre le contó su vida toda, le descubrió su alma, le habló de aquel amor infinito que tenia encerrado en el fondo de su corazon.

—Ya me hago cargo, y la madre buscó los medios de que un felicísimo enlace coronase aquel amor.

—Un día la condesa viuda de Tres Puentes se dirigió á la casa del pintor...

—Pérdone V., señor autor, que se me ha ocurrido una pregunta. ¿Y de qué vivía el pintor despues que se puso bueno?... ¿Mantenía al hijo y á la madre la hermana de la Caridad?

—No, señor: el pintor, que se habia trasladado á otra modesta casa en el mismo pueblo, pintaba, y don Serafin, el médico, era el encargado de vender sus cuadros en Madrid. Y habiendo significado á su generoso amigo que deseaba pagarle todo lo que le habia facilitado en su larga enfermedad, el bueno del doctor se iba cobrando de una manera muy singular. Traia un cuadro á vender, y le decia luego que le habia vendido, por ejemplo, en veinte duros, y sólo le daba diez y seis, descontándose cuatro por aquel concepto. Ya comprende V., señor lector, que esta era una generosa mentira para satisfacer la susceptibilidad del jóven.

—Pues mire V., sus apurillos pasaria para vivir de la pintura, porque las bellas artes en España dan de comer á muy pocos.

—No, señor, porque sus cuadros eran preciosas obras de arte, y entre cuatro ó cinco inteligentes los adquirirían todos.

—Bueno, bueno, siga V. su cuento, á ver si acabamos.

—Decia que un día, la madre de Sor Dorotea fué

á casa del pintor. No se dió á conocer; Luis y su anciana madre no sabian todavía la grande alegría de su amiga Sor Dorotea; hacia muchos dias que no la veian, pero no lo extrañaban, porque estaban acostumbrados á aquellas ausencias, justificadas por los deberes que le imponia su caritativa mision.

La condesa pretextó el deseo de saber si el pintor queria hacer el retrato de una hija suya.

Contestó Luis que su oficio era pintar y que lo haria de buen grado.

—Enseña á esta señora, dijo la anciana ciega, algun cuadro ó retrato de los que tengas en casa. ¡Ay! señora, yo estoy condenada á no ver las obras de mi hijo, y tengo una alegría muy grande cuando las ve delante de mí otra persona, porque es fijo que ha de hacer grandes elogios de mi hijo. Dispense V. esta inmodestia á una pobre madre.

—A la condesa le conmovió aquel infortunio llevado con tanta resignacion, y le impresionó vivamente el amor purísimo de la madre al hijo y del hijo á la madre.

—Digno es, pensó, de ser amado por mi hija este hombre.

—Señora, dijo este, mi madre, como es ciega la pobre, ve con la imaginacion en mis obras perfecciones que no existen.

Salió un momento y volvió con un cuadro, diciendo:

—Voy á enseñar á V. lo que más estimo.

Y colocó el cuadro delante de la condesa.

—¡Ah! exclamó esta.

El cuadro representaba una hermana de la Caridad, y esta era la viva imágen de Sor Dorotea.

—¿Le agrada á V., señora? preguntó la pobre ciega.

—Es admirable. Quiero que me pinte V. uno igual.

—¿Igual?... ¿Una hermana de la Caridad?...

—No; esta misma hermana de la Caridad.

—Señora, creí haber entendido que deseaba V. el retrato de su hija.

—Es verdad, el retrato de mi hija, y de V. depende que lo tenga desde ahora, porque mi hija es el original de ese cuadro.

—¡*Tableau!*

—¿Toma V. á risa, señor lector, esta situación que yo habia preparado con ciertas pretensiones de hacer efecto?... Pues en castigo, dejo la conclusion de la novela para el capítulo siguiente.

XXVI

Cae el telon.

Ya supone el lector que lo que el pintor no se habia atrevido á decir jamás á Sor Dorotea, se atrevió á decírselo á la condesa de Tres Puentes; no bien supo que esta era la madre de su amada. Esto era lo que esperaba precisamente la buena señora, que sabia que su hija no seria feliz sino unida á aquel hombre de bien. Más de dos horas duró la conferencia del enamorado y la que iba á ser su suegra, y habiendo referido esta alguno de los episodios de su vida y de la historia de su familia, la ciega, que oia atentamente llena de alegría, porque vislumbraba la próxima ventura de su hijo, vino en conocimiento de que la familia Carvajal habia estado íntimamente unida á la suya por los lazos de una sincera amistad. La condesa de Tres Puentes salió de la casa del pintor ale-

gre y satisfecha, y corrió á comunicar á su hija la noticia de su próxima ventura. Luis le habia pedido formalmente la mano de la incomparable Dorotea, contando con que esta consintiera. Ya sabia la condesa que su hija consentia. Isabel, Sor Dorotea y la condesa vivian juntas desde que los sucesos, ó más bien, desde que la Providencia las quiso reunir. La condesa volvió muy animada y expansiva, contra su costumbre, pues aún despues de haber hallado á su hija, habia nublado su frente una profunda melancolía.

Isabel le preguntó cuál era la causa de aquella mudanza.

—La más legítima, amiga mia, la ventura de mi hija. Dios ha querido que yo le facilite el camino; Dorotea va á ser feliz.

—Y yo tambien, porque desde que me aceptó por tierna hermana suya, su felicidad es la mia, como son mias sus penas.

—Pues bien: Isabel, no se lo diga V. á Dorotea, porque quiero yo ser la primera que le hable del asunto... Dorotea va á casarse.

—¿A casarse?... Nada me ha dicho.

—No, si ella no lo sabe; si ella no piensa casarse...

—No comprendo.

—Dorotea ama á un hombre dignísimo de su amor, que la ama tiernamente tambien; pero nunca se lo han dicho. Yo, que sabia el secreto de mi hija, he hecho de manera que hoy mismo, hace dos horas, ese hombre me ha pedido la mano de mi hija.

Sor Dorotea entró. Venia del Beaterio, despues de haber asistido tres dias á una hermana moribunda. La condesa la abrazó tiernamente.

—Hija mia, le dijo; ya es tiempo que cambies estos hábitos por otros vestidos más propios de tu edad y tu hermosura.

—Madre, ningun traje más honroso que este humilde que visto. Yo le amo más que á todas las riquezas y galas que pudiera ofrecerme el mundo. Este humilde hábito ha sido la salvaguardia de mi virtud, el que ha alejado siempre de mí toda idea de ambicion y vanidad, todo pensamiento mundano. ¡Bendita sea esta cruz que he llevado siempre sobre el pecho, y me ha dado fuerzas contra toda humana passion!... Así sirvo á Dios: ¿qué mayor felicidad puedo apetecer?...

—Dios, dijo despues de un momento la condesa, te quiere dar todavía mayor premio. Existe en tu corazon, hija mia, un íntimo secreto que sólo á mí has confiado...

—¡Ah! no me recuerde V. ahora, madre... Esa es una ilusion... ¿quién no las tiene?... Ya pasó...

—¿Y si yo te dijera que esa ilusion querida de tu alma puede ser una realidad con sólo que pronuncies una palabra.

—No entiendo lo que me dice V., querida madre de mi alma.

—Pues entiéndelo de una vez: la Providencia me ha proporcionado la ocasion de conocer á Luis, á ese inspirado artista á quien tú salvaste de la muer-

te, y á quien amas, segun tú misma me has confesado.

—¿V. le ha visto?

—Sí; y he podido convencerme de que en su corazon guarda un tesoro inmenso de amor para tí.

—¡Ah! madre mia, no despierte V. en el mio ese amor.

—Me ha pedido tu mano.

Sor Dorotea no podia dominar su emocion. Su voluntad no podia ya hacer callar, como hasta entonces, la voz de su corazon lleno de amor; este amor se despertaba gigante en su alma.

—¡Madre mia! dijo abrazando á la condesa, ¡bendita madre mia!

Ambas confundieron, estrechamente abrazadas, sus lágrimas.

—Pero, dijo Sor Dorotea, soy religiosa... ¿he de abandonar á los desgraciados?... ¿he de privar á Dios de una de las intérpretes de su misericordiosa voluntad? ¿Puedo dejar estos hábitos sin que el mundo tenga derecho de culparme de cobardía? ¿Puedo desertar de entre las buenas hermanas de la Caridad á quienes me uní voluntariamente?

—Sí; ningun juramento te liga. Dios te inspiró cuando no quisiste obligarte bajo juramento á vivir en ese estado honrosísimo en que has vivido hasta hoy. Dios ha visto con cuánta abnegacion has cumplido hasta ahora tus deberes de religiosa, y Dios bendecirá tu nuevo estado, en el cual le puedes servir tambien, y puedes ser, como hasta aquí, consue-

lo de los que sufran. En todos los estados y situaciones de la vida se puede ejercer la caridad y amar y servir á Dios.

—Bien, hombre, bien, dice el lector; basta de palabra: ya presumo que la madre convenció á la hija de que debía casarse. ¿Y se casaron?

—Sí, señor; pero tenga V. un poco de paciencia y déjeme concluir.

—Ultimo favor que le hago á V.

—Muchas gracias. Sor Dorotea pidió consejo á su confesor y á la superiora del Beaterio, y uno y otra estimaron, como era justo, que la hermana de la Caridad era absolutamente libre de sus acciones.

Isabel estaba con gran curiosidad.—¿Quién es el hombre á quien ama Dorotea? se preguntaba. ¿Cómo ella que ha sido tan expansiva conmigo, me ha ocultado cuidadosamente ese secreto?...

Pero respetaba mucho á Sor Dorotea; no podia olvidar que esta habia sido siempre un alma pura y que ella habia cometido gravísimas faltas. Cuando Dorotea nada le habia dicho, sus motivos tendria; ella no debía hacer más que callar y esperar.

Habíase fijado la ceremonia del casamiento para el dia de la Virgen del Cármen, á quien siempre habia tenido por patrona y protectora la religiosa.

Esta buscó á Isabel y le dijo:

—Tú, hermana mia, habrás extrañado que nada te haya dicho de quién es el hombre que va á ser mi esposo.

—Lo que tú haces, hermana, bien hecho está; te

confieso que he tenido gran curiosidad; pero este es un resabio de mi antiguo carácter. Tú que eres tan buena, serás tolerante con quien no lo ha sido hasta ahora, que te ha tomado por ejemplo. Si quieres ahora satisfacer mi curiosidad, no lo hagas, por Dios te lo pido; quiero castigarla yo misma, no satisfaciéndola hasta que te vea unida ante el altar con tu esposo.

—Pero...

—Nada me has de decir...

—Yo queria...

—Perdona, no lo quiero saber hasta mañana. Será para mí un dia feliz el de tu ventura. Ahora, ya no me falta para vivir tranquila más que una cosa en el mundo.

—¿Cuál?

—Saber si aquella noble anciana, que fué mi madre, y aquel tiernísimo hermano mio, con quienes tan ingrata fuí, me perdonaron al morir, porque los dos murieron ¡ay! y murieron por mi causa.

—Hermana mia, yo estoy segura de que te han perdonado.

—¿Tú lo sabes?...

—Sí.

—¿Cómo?...

—Y sé tambien que no han muerto.

—¿No han muerto?...

—No.

—¡Dios mio!... ¿Y tú sabes?... Yo quiero ir á pedirles perdon, yo quiero besar la mano de aquel hombre, y los piés de aquella santa mujer.

—Cálmate, hermana; realizarás tu deseo: yo te lo prometo.

—Yo quiero saber que son felices y que me han perdonado.

—Lo sabrás: ellos mismos te lo dirán.

—¡Ah! ¡cuán compasivo es Dios conmigo!

—Lo es siempre con todos sus hijos.

—Es verdad... Hermana, un deseo voy á expresarte.

—¿Cuál?...

—Tú dejas mañana ese humilde sayal y esa toca; yo recojo uno y otra; yo te reemplazo entre las hermanas de la Caridad.—Yo, sí.

—¿Lo has pensado bien? Es una vida de sacrificio, de abnegacion, de sufrimiento, lo que descas emprender.

—Es todo lo que anhela mi corazon.

.....

A los primeros albores de la mañana se verificó el casamiento.

Luis y su madre estaban ya en la iglesia cuando llegaron Dorotea y la condesa.

La iglesia estaba oscura todavía; Luis no fijó la atencion en una persona que estaba arrodillada detrás de una columna. Daba el brazo á su madre, que, ciega y muy vieja, andaba con suma dificultad.

Aquella persona era una mujer, una hermana de la Caridad.

Cuando vió pasar á la vieja apoyada del brazo del jóven, latió su corazon violentamente, y se acordó de la que fué su madre y del que fué su prometido,

pero no podia presumir que fueran ellos, ni tampoco imaginó que eran el novio y la madre del novio.

Luego vió en el altar á Dorotea dar la mano á aquel hombre mismo, y á la condesa sosteniendo á la anciana impedida y ciega.

Isabel se acercó al altar, y en el momento en que el sacerdote terminaba el acto del casamiento, oyóse un grito, pero no de espanto, no, sino de alegría.

Era Isabel, que habia conocido á los dos seres cuyo perdon era el único bien que anhelaba; Isabel que de rodillas ante la pobre ciega, besaba sus ropas, sus manos, sus mejillas, y la pedia perdon.

Luis no la habia conocido.

—Es mi hermana, le dijo Dorotea, y tú has sido su hermano en tu juventud y ahora lo vas á volver á ser.

.....
Me parece que no hay necesidad de decir al lector que la pobre ciega fué feliz, que el pintor fué feliz tambien, y Dorotea... no se diga.

Isabel, perdonada por el pintor y por la que le habia servido de amorosísima madre, fué feliz tambien, dedicándose en su nuevo estado de hermana de la Caridad á imitar el alto ejemplo de virtud que le habia dado Sor Dorotea. La fortuna de D. Tomás Meco, que era de esta, sirvió para hacer felices á muchos pobres, y á los diez meses de matrimonio tuvieron Luis y Dorotea una hermosa niña; un ángel les enviaba Dios al mismo tiempo que se les llevaba otro al cielo, la pobre anciana ciega, que murió bendiciendo á sus hijos y á Sor Isabel, quien la lloró largo tiempo.

—Diga V., pregunta el lector, ¿y Andrea, la hija del hijo del sacristan, que en paz descanse?...

Vino á Madrid, é Isabel cuidó de ella; pero vivió poco. Fué tal su terror al ver morir á su abuela en el momento de presentarse á su vista el hijo del sacristan, que quedó sumamente delicada, y á pesar de los cuidados que se le prodigaron, su existencia fué la de una flor que en el momento de abrir su capullo recibe el soplo del huracan.

—Y de todos los personajes de segunda fila de esta novela, ¿qué diablos ha hecho V?...

—Mire V., señor lector, de buena gana quisiera contarle á V. de ellos curiosísimas cosas; pero fué el caso que cuando vino el cólera á Madrid la última vez, se me murieron todos.

—Dios los haya perdonado y á V. tambien, que tanto ha abusado de la paciencia de sus lectores.

—Señor lector, yo doy á V. gracias por el buen deseo, y le suplico encarecidamente dispense las graves faltas de esta obra. Preparando estoy otra...

—¿Y creerá V. que yo la voy á leer?...

—Sí, señor, lo creo firmemente; en cuanto vea V. el título, entrará en deseos de leerla.

—¿Cómo se titula?...

—*Las Madres*. ¿Puede haber título de libro más simpático que éste?...

—Verdad es, pero ¡por Dios! que escriba V. bien ese libro.

—¿Qué más quisiera yo?...

FIN

INDICE

Páginas.

I. El hijo y la madre en el hospital.....	5
II. El hijo del sacristan hecho un caballero.	37
III. Como la espuma.....	55
IV. Sigue subiendo.....	73
V. Sor Dorotea.....	86
VI. ¡Diputado!.....	112
VII. La conferencia.....	126
VIII. La mendiga.....	144
IX. La Chata.....	155
X. La paloma y los halcones.....	166
XI. Donde verá el lector cosas curiosas....	184
XII. Guarida de ladrones.....	201
XIII. Grandes acontecimientos en la calle del Tribulete.....	216
XIV. Ante el cadáver.....	232
XV. ¡Ministro!.....	241
XVI. Junta de médicos.....	253
XVII. De cómo se van muriendo los persona- jes de esta novela.....	266
XVIII. Un entierro de pájaro gordo.....	277
XIX. Un ángel y un demonio.....	284
XX. Otro difunto..	299
XXI. Otra gran alegría.....	305
XXII. La víctima de un infame.....	313
XXIII. Explicaciones.....	325
XXIV. El fin del hijo del sacristan.....	334
XXV. Un muerto resucitado.....	341
XXVI. Cae el telon.....	350

